



Diez miradas

*Para quienes nos enseñan
a amar los libros*

loqueleo



www.loqueleo.santillana.com

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

Depósito legal: M-10.165-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Edición no venal

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega

y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diez miradas

*Para quienes nos enseñan
a amar los libros*

loqueleg

Este libro escrito, diseñado, maquetado, editado y producido por personas que amamos los libros pretende ser un homenaje a todos los maestros, en su sentido más afectivo e íntegro de la palabra, que con su dedicación, creatividad y entusiasmo hacen posible que tantos niños y jóvenes crezcan confiando en sus propias capacidades. Y muy especialmente, está dedicado a todos esos docentes que han transmitido su amor por la Literatura, convencidos de que la educación es un arma de futuro, y la lectura, un instrumento placentero y eficaz para construir ese mundo mejor que todos deseamos.

Esperamos que al leer estos relatos, escritos desde la experiencia, la sinceridad y el respeto de grandes escritores, sintáis todo nuestro agradecimiento por vuestra valiosa labor.

Equipo **loqueleg**

Índice

<i>Blanca y los plátanos</i> , Maite Carranza	11
<i>Un mundo bajo el cielo</i> , Jordi Sierra i Fabra	25
<i>El cerebro del profesor Vázquez</i> , César Mallorquí	33
<i>En busca del tesoro</i> , Concha López Narváez y Rafael Salmerón	47
<i>El único trabajo de mi vida</i> , Alfredo Gómez Cerdá	55
<i>Estudiantes de bachillerato</i> , M. ^a Isabel Molina	65
<i>El mar no tiene sueño</i> , Fernando J López	73
<i>Tarde de teatro</i> , Care Santos	89
<i>El puente de Milena</i> , Joan Manuel Gisbert	101
<i>Fin del luto</i> , Fernando Lalana	111

Blanca y los plátanos

Maite Carranza

Blanca y los plátanos

—Los plátanos, no encuentro los plátanos, los tenía en una cesta, no sé dónde están. 11

—No se preocupe por los plátanos, señora, ha tenido usted un accidente. Procure no moverse.

—¿Y usted quién es?

—Un bombero. Deme la mano, con cuidado. ¿Puede mover los dedos? Uno a uno, y si recuerda sus nombres, dígalos.

—Pulgar, índice, corazón, anular y meñique.

—Estupendo. Ahora estamos serrando la puerta y la colocaremos en la camilla.

—Eran Gabaceras.

—¿El qué?

—Los plátanos.

—Ya los veo, ahí, a su lado, en el asiento del copiloto, dentro de una cesta de mimbre. ¡No! Usted no se gire.

—Un racimo precioso.

—Lo siento, pero están hechos papilla.

—Qué lástima.

—Si llega a ir usted en el asiento de los plátanos..., ni se imagina cómo ha quedado el coche.

Pálida, con el rostro enmarcado por el aparatoso collarín, los ojos cerrados y la respiración casi ausente se asemeja a un cadáver. Su hija, sentada a su lado y aún conmocionada por la noticia, la contempla mientras le habla en sordina.

—Nos has pegado un buen susto, te has salvado de milagro.

La inmovilidad absoluta de Blanca la estremece. Nunca la había visto tan desvalida. Quizás por ello aprovecha para desahogarse.

—¿A quién se le ocurre coger el coche a los ochenta y nueve años?

Es la primera vez que la riñe y se sorprende de no obtener una respuesta tajante como las que acostumbra a dar su madre siempre que se siente cuestionada en su autonomía.

—Nunca más, mamá, eso no se hace. ¿Me oyes, mamá?

El médico, que acaba de entrar, se siente obligado a intervenir.

—No la puede oír. Está dormida.

—Eso es lo que usted se cree. Nos está escuchando, mi madre nunca se pierde nada.

El médico duda y se agacha sobre la enferma con cuidado. Es tan frágil. O lo parece.

—¿Blanca? ¿Blanca? —susurra.

Se dirige a la hija con la autoridad que le confiere el cargo.

—No puede oírnos. Le hemos dado un tranquilizante.

—Yo voy a necesitar otro, se saltó el semáforo en rojo y los del seguro no paran de llamarnos.

Blanca quiere decir que no es cierto. Que ella no se saltó ningún semáforo en rojo, que distingue perfectamente el rojo del verde y más aún del ámbar. Colorines a ella, la reina de los colores. Que se lo pregunten a sus alumnos. Pero solo puede pensarlo porque tiene la lengua paralizada y los párpados le pesan como dos losas de hierro. Si pudiera hablar.

Blanca está incorporada. Ella misma ha accionado el mando automático de la cama hasta dejarla en la posición más cómoda. Tiene la mirada ausente, pero al ver entrar a la enfermera se le ilumina el rostro.

—¿Ocurre algo, Blanca?

—Acércate un poco, niña, que quiero pedirte un favor.

—Usted dirá.

—¿Cómo está el otro conductor?

La enfermera resopla.

—No me meta en líos, que bastantes tengo. ¿Por qué no se lo pregunta a su familia?

—Porque no me lo quieren decir. Por eso. Y me da muy mal vivir, que me temo lo peor.

—A ver. ¿Qué se imagina?

Blanca calla y la enfermera observa cómo le lagrimean los ojillos, de un azul apagado. Le toma una mano, compasiva.

—Muerto no está, créame.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se hablaría y... ¡anda que no se habla de su historia!

—¿Y qué dicen?

—Que se saltó un semáforo en rojo y se estrelló contra el otro coche.

Blanca hace un movimiento brusco y no puede evitar un gesto de dolor.

—¡Mentira!

—No se exalte que no le conviene. Venga, vuélvase a recostar, así.

—Supongo que no les habrás creído ni una palabra.

—No, pero... usted tiene una edad y a veces ocurre..., nada, mejor callo.

—Dilo, dilo, que no me enfado.

—Que se le fue el santo al cielo.

Blanca esa vez se controla. Respira una vez, dos, como hacía cuando una clase se le iba de las manos. «No pierdas los nervios, Blanca», se decía. «Perder los nervios no sirve de nada. Mantén la sangre fría y la sonrisa». Con los años aprendió a utilizar un recurso muy eficaz. En las contadas ocasiones en que los chavales se alborotaban, ella, en silencio, se quitaba el reloj de pulsera y lo sostenía sonriente con el brazo en alto mostrándolo a la clase. Sin decir nada, sin levantar la voz. Solo el gesto de la espera y el reproche mudo al tiempo perdido. Funcionaba. Le funcionó siempre porque sus alumnos eran conscientes de que navegaban en el mismo barco. Bastante que se lo repetía. La tripulación navega junta, si el barco se hunde,

nos hundimos todos. Lo sabían, sabían que Blanca no les engañaba y que juntos aprendían, juntos se equivocaban y juntos llegaban a puerto año tras año atesorando la experiencia de un viaje apasionante. Querría creer que nunca perdió a un marinero.

—Quiero hablar con el conductor del otro coche. Sé que está en este mismo hospital.

La enfermera duda unos instantes sin atreverse a desmentirla. Blanca la observa y sonrío melosa mirándola a los ojos con picardía.

—Elena, bonita, sé que eres buena chica, lo vi enseñando, hay algo en ti especial, sabes escuchar.

Blanca supo siempre diferenciar a sus alumnos y buscar lo mejor de cada uno. Lo más difícil era sacarlo a la luz porque muchos de ellos, acostumbrados a los reproches, no se querían. ¡Qué tontería! Todos valéis para esto o para aquello, pero todos valéis. ¿En qué mundo cabe que se rechace a las personas por su diferencia? «Son las diferencias las que os hacen únicos», les insistía una vez y otra. «Ese sentido del humor es maravilloso, Luis, aunque no te salgan las divisiones». «Ese dibujo no sabría hacerlo yo, Laura, aunque olvides las fechas de las revoluciones». «Esa voz, cómo cantas, Esteban, aunque te caigas del potro». ¡Cuánto talento desperdiciado, cuánto chaval mutilado por el reduccionismo simplista del sistema! «No me importan las notas, me importa que aprendas, que te guste, que tengas curiosidad y que quieras venir a clase cada mañana». «Las notas no son fundamentales, ya se encargará la vida de ponerte notas», se desgañitaba.

«Pero si te hace ilusión aquí tienes tu papel. Anda, ponte tú misma la nota. Sí, tú. ¿Acaso no te conoces? ¿No sabes si te has esforzado y si has aprendido? Pues eso. La nota que tú te pongas será justa y te creeré. ¿Por qué no te iba a creer?».

La enfermera lo ha comprendido. Se sienta a su lado y la escucha.

—Solo quiero hablar con él, solo eso. ¿Es mucho pedir?

La enfermera suspira.

El hombre asoma por la puerta ayudándose de dos muletas y le dirige una sonrisa ancha que invita a la confianza.

—¿Permiso?

—Adelante, pase, pase.

A pesar de los años que evidencian su calvicie y sus arrugas, el hombre se sirve de las muletas con agilidad.

—Me ha dicho la enfermera que quiere hablar conmigo.

—Pues sí, le agradezco mucho su visita, quería conocerlo. Antes que nada, ¿está usted bien? Lo digo por las muletas.

—Fractura de tibia y peroné.

—Pues vaya, sí que lo siento.

—¿Y usted? Me han dicho que fue un milagro.

—La clavícula, pero fastidia, se lo aseguro.

El hombre chasquea la lengua y se mantiene erguido, expectante y hasta cierto punto curioso.

—Usted dirá, la escucho.

—Seré muy clara, siempre lo he sido. Dicen que me salté el semáforo en rojo y eso no es cierto.

El hombre evidencia sorpresa. No es únicamente por la información que acaba de oír, hay algo en la voz, en esa voz de la anciana del collarín, que le inquieta. Toma aire y cuenta hasta diez.

—Está usted muy segura de sí misma.

—Naturalmente, cuando sé que tengo razón.

—¿Y nunca se equivoca?

Blanca se remueve nerviosa. Esa pregunta, dicha en ese tono, le causa desazón y la incomoda, así pues opta por callar. El hombre continúa.

—Alguien, hace mucho tiempo, me dijo que las equivocaciones eran una ocasión maravillosa para rectificar y aprender de nuestros errores. Un regalo que nos daba la vida.

Blanca tiene un vahído. No puede ser, no es posible que esté oyendo esas palabras en boca de un desconocido. «¿Por qué lloras, Pablo? Sécate esas lágrimas, anda. De acuerdo que no te quieren en el equipo de fútbol y que lo pasas mal, pero piénsalo bien y encuentra qué ventaja sacas si no juegas. ¿Acaso no te quejabas de que querías tocar la guitarra y no tenías tiempo? Pues esta es tu ocasión. Ha sido un regalo que te ha concedido la vida».

—Mire, yo no la conozco y me cae usted bien, pero, sinceramente, conducir a su edad es una temeridad. Debería admitir que tal vez pudo perder el conocimiento o confundirse entre el freno y el acelerador.

No todos servimos para lo mismo, los reflejos se pierden y la sabiduría reside en aceptar las propias limitaciones.

Esa vez Blanca da un respingo y se pierde en el laberinto de su memoria buscando una mueca, una inflexión de voz, un gesto, cualquier indicio... hasta que la fotografía del niño con las rodillas peladas y el flequillo indómito le da el nombre.

—¡Pedrín!

El hombre hace una mueca imperceptible, abre los ojos con asombro y se levanta con las dos muletas hasta quedar a tan solo un palmo de Blanca. Está pálido, muy pálido, le tiemblan las manos.

—¿Doña Blanca?... ¿Es usted?...

Blanca asiente con la cabeza y le acaricia la cara con incredulidad.

—Pedrín, Pedrín, hijo... ¿Eres tú?

—El mismo, doña Blanca, un poco más viejo, eso sí.

Blanca suspira.

—¡Toma, y yo! Sesenta años después, cómo vamos a estar. No me lo puedo creer... —Lo mira con arrob—. Anda, explica, explica qué ha sido de ti.

Pedro Sierra carraspea y baja los ojos, súbitamente avergonzado.

—Pues yo, verá, yo... —No sabe cómo resumir una vida en una frase—. ¿Se acuerda de que era un desastre?

—No digas eso, Pedrín, no digas eso, que tenías un derecho de envidia y ganabas siempre a las canicas.

—El patio se me daba bien, sí.

—El patio y otras muchas cosas, que tú tenías chispa e inteligencia. Lo sabré yo.

—Era la única que veía cosas buenas en mí. Me miraba con buenos ojos, como a todos.

—No me seas pelota y explica. ¿A qué te dedicaste?

—No se lo va a creer...

Doña Blanca apenas respira esperando lo peor mientras Pedro apura el momento. Por fin lo suelta con retranca.

—Maestro.

Doña Blanca se lo queda mirando con una mueca de estupor. Luego explota en una gran carcajada.

—Esa sí que no me la esperaba.

—¿A que la he dejado frita?

—Siempre me sorprendías, Pedrín, y continuas haciéndolo. Y yo que me preguntaba a santo de qué había tenido ese accidente. Ahora ya lo sé.

Pedro Sierra sonrío.

—El destino, doña Blanca, ese destino que perseguía a Edipo. Ha sido el mismo. Porque... lo cierto es que siempre quise darle las gracias.

—Qué cosas dices, calla, calla.

—No pienso callarme, pero antes me siento, que aún no domino las muletas.

Pedro se sienta y doña Blanca estudia su rostro con curiosidad. Bajo las arrugas y el cabello encanecido aún se esconde el chavalín travieso al que su madre y todos daban por perdido. La vida, sin embargo, no fue tan cruel como el juicio de sus mayores. La vida lo aprobó y con nota. Qué orgullo saber que no se equivocaba.

—Doña Blanca, usted me dijo que la vida era un juego de canicas y que yo tenía que apuntar a una de ellas y proponérmelo. ¿Se acuerda?

—Pedrín, me estás emocionando.

—Eso intento, doña Blanca, que yo ya lo estoy, a ver si la contagio. Ya sabe que prefería el fútbol a los libros. Mi padre se hartó de mí y me buscó un trabajo en la ciudad para ayudar a un primo que tenía una cafetería. Y ahí fue cuando me planté. Me pregunté cuál era mi canica, esa a la que tenía que apuntar con convicción. ¿Servir los cafés de mi primo toda la vida? Di un buen repaso y, créame, de todos los trabajos que yo conocía el único del que tenía un buen recuerdo era el suyo. Y me dije, «si doña Blanca me ha llegado al corazón y ha sido la única, yo también puedo llegar al corazón de otros chiquillos tan obtusos como fui yo y darles la vuelta como a un calcetín». Y a partir de ahí donde puse el ojo puse la bala. Me saqué la carrera y, casi nada, cuarenta y tres años ejerciendo. Y, lo que son las casualidades, conocí a mi mujer en una escuela. Maestra también, estaba escrito. Y no le digo cómo se llama porque se va a creer que miento.

—Pedrín, no me provoques.

—Blanca, se llama Blanca, como usted. ¿Es o no es el destino?

Doña Blanca ríe y se seca disimuladamente la lagrimita. Lo ha conseguido el puñetero. La ha emocionado y no puede permitírselo.

—Lástima que no te pueda invitar a un plátano, pero los pobres quedaron hechos un guiñapo.

—Gabaceras, supongo, como todos los miércoles.

—Una preciosidad de racimo.

La puerta se abre y la hija interrumpe la escena a todas vistas cordial. Se los queda mirando sin comprender lo que se cuece en aquella habitación.

—Pero usted, usted... ¿no es el del otro coche?

—Sí, señora, precisamente estábamos hablando sobre el accidente y sobre la decisión de su madre. ¿Verdad, doña Blanca? —inquire Pedro con habilidad de maestro.

Blanca traga saliva y suspira. Le cuesta, pero por fin las palabras van saliendo quedamente de su boca y, a medida que las pronuncia, descubre que suenan bien, que son sensatas.

—Bueno, pues yo... creo, creo que tenéis razón. Quizás este susto me haya servido para algo y el señor Sierra me ha acabado de convencer. —Y lo suelta de golpe para que le duela menos—. Ya no conduciré más.

La hija se lleva una mano al pecho en un gesto que expresa alivio y estupor. Todo mezclado. Los mira alternativamente, cada vez más confundida.

—¿Y se puede saber cómo te ha convencido?

—Muy fácil, fue maestro —afirma Blanca con un deje de orgullo en la voz.

—Tuve la mejor maestra del mundo —puntualiza Pedro con su sonrisa ancha.

—Y nos gustan los plátanos —remacha el clavo Blanca con un guiño.

Ambos ríen por la ocurrencia y la magia de los recuerdos compartidos.

La hija tiene la certeza de que se ha perdido algo.

Un mundo bajo el cielo

Jordi Sierra i Fabra

Un mundo bajo el cielo

*A los maestros y maestras (y también los burros) que
siguen llevando libros a través de las montañas en toda
Latinoamérica.*

25

Gabito estaba habituado a que le hablara.

Pero, a veces, incluso parecía responderle.

Soltaba un rebuzno.

—¿Verdad que sí, amigo mío? —Sonreía entonces él palmeándole el flanco.

Así llegaban a la cresta. Y así descendían al valle. Y así volvían a trepar por el serpenteante camino que se retorcía escalando la montaña.

Algún amanecer alumbraba blanco.

La neblina lo cubría todo.

Luego, un poco más arriba, veía las nubes formando un manto entre las cumbres.

—¿Sabes, Gabito? Hace cientos, quizá miles de años, por esta misma senda caminaban nuestros antepasados. Y seguro que lo hacían a pie. Entonces no había burros. Ya ves cómo cambian las cosas.

Así que Gabito era un lujo, aunque él no lo supiera.

De noche, instalaba la pequeña tienda de campaña que se abría sola lanzándola al aire —un toque de modernidad— y encendía una fogata.

Al amparo de las llamas, que danzaban en el aire tan bellas como efímeras, diseminando sombras móviles por los árboles que le envolvían, sacaba un libro de uno de los dos zurrones.

¿Cuántas veces había leído *Moby Dick*?

¿Cuántas *Las mil y una noches* o *Robinson Crusoe*?

¿Y qué importaba?

Siempre era diferente, como si otra voz lo narrase en su mente.

—Me gustaría ver una ballena —suspiraba.

Bueno, una ballena, y un tigre, y un elefante.

Gran mundo, pequeño ser humano.

Leía y leía, hasta que el fuego se extinguía y apenas si quedaban algunas brasas. Entonces le dolían los ojos y guardaba el libro.

Después se cobijaba en la pequeña tiendecita de campaña, no fuera a llover y se empapara. Aunque lo más importante fuesen los libros.

Sí, los protegía con plásticos, pero aun así...

—Buenas noches, Gabito.

Otra noche, otro amanecer.

Otra jornada.

Ningún valle era igual a otro. Ningún río se parecía al anterior o al siguiente. Ningún cielo mostraba siempre las mismas nubes. El mismo paisaje, sí, pero con nuevas

sensaciones. O sería que él, de año en año, más viejo, más cargado de recuerdos, lo veía o interpretaba todo con otros ojos.

¿Cuántas miradas puede trenzar un ser humano a lo largo de su vida?

¿Cuántas miradas de las de ver, no de las de simplemente pasar?

—Sí, me hago viejo, Gabito. Me estoy poniendo sentimental.

Tal vez fuera la soledad, el silencio roto únicamente por su voz o algún rebuzno de Gabito.

La última montaña.

Desde ella, a lo lejos, muy a lo lejos todavía, se veía el pueblito.

—Allá vamos.

Gabito también lo veía.

Solo era burro por naturaleza.

Agitó la cabeza y la movió de arriba abajo.

La última noche, en el risco, en la Cueva de la Soledad, llamada así porque en ella solo se refugiaban los solitarios que se movían por las montañas, leyó poesía.

Poesía romántica.

*Grítale mi nombre al viento,
y lo hará su prisionero.
Yo gritaré el tuyo hacia dentro,
para que me abrase entero.*

Ah, los poetas...

Tan locos, tan sublimes, tan especiales...

Se durmió con el libro en las manos, bañado por los rescoldos finales de la fogata. La cueva entera pareció arder, cárdena y luminosa con las ascuas enrojecidas.

El último amanecer.

El mejor de los ánimos.

—Vamos allá, Gabito.

Sentía el mejor de los ánimos. La espera tocaba a su fin. La fiesta sería cuando llegase, a primera hora de la tarde como mucho. Así que le dio por cantar.

Total, nadie le oía.

Luego siguió hablándole a Gabito, para que compartiera con él la alegría.

—Si pudieras entenderme, sabrías lo chistoso que es esto: un burro llevando libros, cultura, para que otros no sean eso mismo, burros.

Soltó una carcajada.

Ya ni se paró a comer. Siguió. Siguió. Cuando los campos labrados surgieron en la lejanía, también lo hicieron las voces.

—¡Ya está aquí!

—¡Ha llegado!

—¡Avisen a los niños!

Los primeros vecinos le rodearon. Las primeras sonrisas le dieron la bienvenida. Las primeras manos tocaron las alforjas. Luego, al enfilarse la senda que desembocaba en las casas de adobe y madera, vio la placita a lo lejos.

La plaza, con la iglesia, el ayuntamiento y la escuela.

Por la calle polvorienta aparecieron los niños y las niñas.

Aquel maravilloso enjambre...

—¡Ya está aquí el maestro!

—¡Por fin!

—¿Qué libros trae este curso?

—¡Maestro, maestro!

—¿Empezaremos mañana?

Pasaban los años, pero el momento era siempre irreplicable, mágico. El momento en que el soplo de la vida reaparecía y se hacía palabra.

El maestro llegó a la plaza.

Bajó de su montura.

Y se abrazó a las tres docenas de manos que querían saludarlo y tocarlo.

Su gente.

Después de todo no había ningún camino mejor, aunque fuera a través de las montañas y lejos del otro mundo.

**El cerebro del profesor
Vázquez**

César Mallorquí

El cerebro del profesor Vázquez

El día en que la muerte vino a visitarle, Julián Vázquez estaba paseando por su antiguo barrio; no el de su infancia, sino el barrio donde estaba el instituto en el que había impartido clases durante más de cuarenta años. Solía hacerlo, al menos una vez a la semana, desde que se jubiló; se levantaba temprano, se despedía de su mujer con un beso, cogía el autobús y se dirigía al viejo barrio. Una vez allí, desayunaba en el bar de Braulio, el bar en el que había desayunado durante cuarenta y un años café con leche y porras, las mejores de la ciudad. Braulio ya no estaba, se había jubilado, como él; ahora el establecimiento lo llevaba un sobrino suyo, pero las porras seguían siendo las mismas. Esa era una de las pocas cosas que aún perduraban en un mundo cada vez más cambiante, pensaba Julián.

Después de desayunar, Julián nunca visitaba su antiguo instituto, el Barnés Salinas; ya nada se le había perdido en aquel lugar, salvo los recuerdos. En vez de ello, paseaba despacio por los alrededores camino del parque. Al llegar allí, se sentaba en un banco y contemplaba a la

gente que deambulaba a su alrededor. Julián buscaba rostros; pero no cualquier rostro, sino dos mil cuatrocientos sesenta en concreto.

2.460. Ese era el número de alumnos a los que Julián, según sus cálculos, había dado clase a lo largo de su vida. Era una cifra aproximada, claro, pero por ahí le andaría. Dos, cuatro, seis, cero. Casi dos millares y medio de chicos y chicas. La obra de su vida. O, quizá, el fracaso.

¿Los reconocería? Esa era la gran pregunta: si por casualidad algún día se cruzara con uno de ellos, ¿podría distinguirlo entre la multitud? Con el tiempo, las caras de todos aquellos muchachos tendían a difuminarse, a fundirse en un único rostro de facciones cambiantes e imprecisas. Además, sus antiguos alumnos ya no eran niños, ni adolescentes, sino adultos, algunos incluso cincuentones. ¿Cómo iba a reconocerlos? Era imposible.

No obstante, si algún día alguno de sus exalumnos se cruzaba con él, ¿le reconocería? Y aún más importante: si uno de sus antiguos alumnos le reconocía, ¿se detendría para saludarle? Julián oía hablar de esos encuentros a sus compañeros, incluso había sido testigo de alguno de ellos. Un joven adulto se acerca al viejo profesor y le da las gracias por la inspiración que habían supuesto para él sus enseñanzas. Un bonito gesto, una anécdota alentadora.

Pero a Julián nunca le había sucedido nada semejante, jamás se había reencontrado con ninguno de sus exalumnos. Y eso no tenía sentido, porque la mayor parte de los estudiantes del Barnés Salinas vivían por los alrededores. Vale, puede que muchos se hubiesen mudado a otro barrio,

puede que sus horarios no coincidiesen; pero a lo largo de cuarenta y un años forzosamente tenía que haberse cruzado con alguno de ellos. Y ninguno se había tomado la molestia de saludarle. ¿Tan mal profesor había sido?

Cuando era joven, Julián amaba dos cosas por encima de todo: la ciencia y la enseñanza. No pudo ser científico —se le daban mal las matemáticas—, así que se volcó en su segunda vocación y estudió Pedagogía. Aún recordaba con nitidez la pasión y la entrega de sus primeros años como profesor de Ciencias Naturales. Quería conmovier a sus alumnos, quería abrirles los ojos a las maravillas del universo, quería inspirarles, ser una mano tendida, un báculo, un guía. Quería ser como Peter O'Toole en *Adiós, Mr. Chips*, como Fernán Gómez en *La lengua de las mariposas*, como Robin Williams en *El club de los poetas muertos*. Quería ser esa persona que en algún momento nos marcó y cuyo recuerdo guardamos como un tesoro en la memoria.

Luego, andando los años, la llama comenzó a apagarse. Poco a poco, sin darse cuenta, la pasión fue transformándose en rutina, y la rutina a veces en hastío. Cada año igual que el anterior e idéntico al siguiente. Julián solía contarles algo a sus alumnos: si cogemos una rana y la echamos a una olla de agua hirviendo, la rana pataleará y saltará de la olla. Pero si cogemos una rana, la echamos a una olla de agua fría y la ponemos al fuego para que se vaya calentando gradualmente, entonces la rana se quedará quieta hasta cocerse. Pues bien, así acabó sintiéndose él: como una rana cocida.

Finalmente, cuando llegó el día de la jubilación, Julián no pudo evitar formularse una pregunta: ¿todo aquello había servido para algo?, ¿sus cuarenta y un años dedicados a la enseñanza habían dado algún fruto? A veces, en sus momentos de negrura, pensaba que no, que todo había sido inútil.

Aunque quizá eso era demasiado melodramático. Su vida era buena, nunca había pasado penalidades, gozaba de buena salud, se había casado con la mujer que amaba, tenía dos hijos maravillosos que ya habían formado sus familias y le habían dado nietos. Tenía amigos, aficiones, sueños y esperanzas. ¿Cómo podía quejarse? Era un hombre afortunado. Sin embargo, aquellos dos mil cuatrocientos chicos y chicas seguían siendo un enigma sin respuesta. ¿Había significado algo para ellos, aparte de darles clase y corregir sus exámenes? No saberlo provocaba en él una desagradable sensación de vacío.

Aquella mañana de primavera, la mañana en que el hilo de su vida se quebró, Julián recorrió las viejas calles, llegó al parque y se sentó en un banco. No había mucha gente; un par de madres jóvenes con carritos de bebé, tres o cuatro ancianos, unos operarios fumando... Una chica veinteañera se aproximaba por el sendero de tierra haciendo *footing*. Llevaba el pelo recogido en una coleta —que se bamboleaba a un lado y a otro siguiendo el ritmo de su carrera— y tenía una bonita figura. A Julián sus rasgos le resultaron vagamente familiares. Entrecerró los ojos y se inclinó un poco hacia delante para verla mejor...

Entonces sucedió.

De pronto, un intenso dolor le estalló en la cabeza. Era como si le perforaran el cerebro con una taladradora. Veía doble y un zumbido resonaba en sus oídos. Soltó un gemido. El dolor era insoportable. Se llevó una mano a la frente, aferró con la otra el reposabrazos del banco e intentó levantarse.

Pero el mundo giró a su alrededor y su mente se sumió en la negrura. Cuando se derrumbó en el suelo ya no estaba consciente.

¿Cuánto tiempo transcurrió? No lo sabía. Fue como un sueño sin sueños, como yacer en un limbo en el que no había nada, ni siquiera tiempo. Luego, en algún momento indeterminado, comenzó a percibir el mundo exterior. Primero escuchó un pitido intermitente.

Bip... Bip... Bip...

Luego, sonidos húmedos, el roce de unas sábanas, conversaciones lejanas. Abrió los ojos, pero tardó unos segundos en poder enfocar la mirada. Se encontraba en una habitación blanca, tumbado en una cama. Intentó incorporarse, pero estaba demasiado débil. Una mujer apareció en su campo visual y se inclinó sobre él. Parecía una enfermera. Julián intentó hablar, preguntar qué estaba pasando, pero las palabras brotaron confusas de sus labios.

—No haga esfuerzos, señor Vázquez —le contuvo la mujer con una sonrisa amable—. Se encuentra usted en una UVI del Hospital Universitario. Supongo que no recuerda lo que ha sucedido. Esta mañana sufrió un derrame cerebral en la calle y perdió el conocimiento.

Le trajeron aquí y ha sido operado de urgencia. Todo ha ido bien, no se preocupe. Ahora iré en busca de su médico, el doctor Ortega, para que le examine y aclare sus dudas. Por favor, no intente moverse.

La enfermera abandonó la habitación. Julián intentó hacer memoria, pero estaba muy aturdido; lo único que recordaba era a una chica joven y bonita corriendo. Al cabo de unos segundos, se dio cuenta por primera vez de que tenía la cabeza vendada, una vía conectada a un gotero en la mano izquierda y una especie de pinza con un cable presionándole el dedo anular de la mano derecha. No sentía ningún dolor, pero sí una intensa sensación de entumecimiento y turbiedad, como si estuviera sumergido en agua.

Al poco, llegó el doctor Ortega, un cardiólogo cuarentón de rostro afable y actitud competente.

—Buenas tardes, señor Vázquez —dijo—. Creo que la enfermera ya le ha puesto al tanto de lo ocurrido. Esta mañana sufrió usted una hemorragia subaracnoidea causada por un aneurisma sacciforme. —Sonrió—. Demasiadas palabras raras, ¿verdad? Se lo explicaré: un aneurisma se produce cuando la pared de una arteria se debilita y se abomba. A veces se rompe, causando una hemorragia en el cerebro. Eso es lo que le ha pasado a usted. Perdió el conocimiento y le trajeron aquí. Le ha operado el doctor Sebastián Torres, nuestro mejor neurocirujano. La intervención ha ido perfectamente y el hecho de que haya recuperado usted la consciencia tan pronto es una señal muy positiva. Ahora voy a realizarle un breve examen físico.

El médico le revisó las pupilas con ayuda de una pequeña linterna, comprobó sus reflejos, le pinchó suavemente en varios puntos del cuerpo para asegurarse de que no había perdido sensibilidad, extendió unos dedos frente a sus ojos y le preguntó cuántos veía (tres), le pidió que moviera las manos y los pies... Cuando acabó la revisión, apuntó algo en un cuaderno y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Todo marcha bien, señor Vázquez —dijo—. ¿Quiere preguntarme algo?

—¿Gloria?... —musitó Julián.

—¿Su esposa? Está ahí fuera, con sus hijos. De momento no puede usted recibir visitas, pero les comunicaré a sus familiares que ya ha recuperado el conocimiento y se encuentra bien. Ahora descanse. Si necesita algo, pídalelo a las enfermeras.

Cuando desapareció el médico, Julián se sumió en un estado de duermevela. La verdad es que apenas se había enterado de nada de lo que le había contado el doctor Ortega, salvo que había sufrido un derrame, que le habían operado y que ahora estaba convaleciente; pero se sentía demasiado somnoliento para reflexionar sobre ello. Al cabo de un rato, un hombre entró en la habitación. Tendría treinta y tantos años, era alto, con el pelo rubio y corto, y los ojos intensamente azules. Entre brumas, Julián vio que el desconocido revisaba su historial médico y luego, tras dedicarle una sonrisa, salía en silencio de la habitación.

Al día siguiente, el doctor Ortega le visitó acompañado de otro médico, el doctor Alonso, un neurólogo que

le sometió a una nueva batería de pruebas. Al acabar, le dijo:

—Aparentemente todo está bien, señor Vázquez. Y créame, ha tenido usted mucha suerte, porque gran parte de quienes sufren un derrame cerebral acaban padeciendo algún tipo de secuelas, en ocasiones muy severas. Pero no ha sido así en su caso, felicidades.

Dos días después, le sacaron de la UVI, le condujeron a una de las habitaciones del hospital y Julián, por fin, pudo reunirse con Gloria y con Carmen y Luis, sus hijos.

La muerte había llamado a su puerta, pero al parecer fue una visita de cortesía. «Solo quería saludarte», le había dicho la Segadora, «ya volveré otro día». Aun así, Julián tuvo que permanecer ingresado durante casi seis eternas semanas.

Y finalmente le dieron el alta. Aquella mañana, Gloria llegó temprano, le ayudó a hacer el equipaje y a vestirse, y luego fue a las oficinas del hospital para firmar unos papeles. Julián se quedó esperándola en la habitación, sentado en el borde de la cama. Frente a él había un espejo; Julián examinó su imagen con detenimiento. Había adelgazado mucho, pero eso estaba bien, pensó; a fin de cuentas, antes del derrame le sobraban unos cuantos kilos. Ya no llevaba ningún vendaje, pero la cicatriz del cráneo era tan pequeña que no se distinguía a simple vista; lo malo era que, para operarle, le habían afeitado la cabeza. Julián estaba secretamente orgulloso de conservar, a sus setenta y un años, casi toda la cabellera, aunque ahora del color de la nieve. El pelo volvía a crecerle, claro,

pero aún estaba muy corto. Ladeó la cabeza, evaluando su imagen en el espejo y decidió que, con ese aspecto, pálido, delgado y medio calvo, parecía un judío recién liberado de Auschwitz. Y en cierto modo eso era él: una víctima rescatada del holocausto. Un pequeño milagro.

Unos suaves golpes en la puerta le sacaron de su ensimismamiento.

—Adelante —dijo Julián.

Un hombre alto, rubio y de ojos azules, vestido con traje y corbata, entró en la habitación. Aparentaba treinta y cinco o treinta y seis años. A Julián le resultaba muy familiar, pero no sabía de qué.

—Buenos días, señor Vázquez —le saludó el desconocido, estrechándole la mano—. Me he enterado de que hoy le daban el alta y quería saludarle. Pero disculpe, no me he presentado: soy Sebastián Torres, el cirujano que le operó.

—Ah... Vaya, pues me alegro de conocerle. Aunque creo que le vi cuando estaba ingresado en la UVI...

—Sí, fui a visitarle un par de veces, pero estaba usted muy sedado. Luego, no he querido molestarle, pero he seguido atentamente su evolución. El doctor Ortega me ha informado en todo momento de sus progresos y, según me ha dicho, la recuperación ha sido completa. Le felicito.

—Bueno, gracias a usted y a sus colegas. Sobre todo gracias a usted, doctor; me ha salvado la vida.

—Solo hemos hecho nuestro trabajo lo mejor posible.

Hubo un silencio. Torres se lo quedó mirando sin decir nada, fijamente, con una extraña sonrisa instalada en

los labios. Cuando al cabo de unos segundos la situación empezaba a ser incómoda, el médico preguntó:

—¿No se acuerda de mí, señor Vázquez?

—Eh..., sí, ya le he dicho que me pareció verle en la UVI.

—No, me refiero a antes de eso, hace mucho tiempo. Julián parpadeó, confuso.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

Torres asintió con un cabeceo.

—Fui alumno suyo en el Barnés Salinas. De eso hará, no sé, veintitantos años. Por entonces usted era don Julián, el profe de Naturales, y a mí me llamaban Sebas.

—Vaya, qué casualidad... Lo siento, pero no le recuerdo. He tenido tantos alumnos a lo largo de mi vida...

—Claro, no se preocupe. Además, supongo que he cambiado mucho.

Se quedaron mirando sonrientes.

—Pero qué casualidad... —repitió Julián sin saber muy bien qué decir.

—Sí que lo ha sido. Cuando supe quién era usted y que iba a operarle, en fin, no me lo podía creer. —Hizo una pausa—. Aunque, más que una casualidad, ha sido algo así como un círculo que se cierra.

—No le entiendo...

Torres desvió la mirada, como si estuviera recordando algo, y luego volvió a fijarla en Julián.

—¿Sabe algo, señor Vázquez? —dijo—. Estudié medicina gracias a usted.

—¿A mí?...

—Sí. Por aquel entonces, en el instituto, yo no era muy buen estudiante que digamos, pero me encantaban sus clases. Eran muy amenas y... no sé, mostraban el mundo como si fuese una caja de sorpresas. Aún recuerdo su anécdota de la rana que se cuece lentamente, y de vez en cuando se la cuento a alguien. —Sonrió con un punto de nostalgia—. Un día, usted nos habló del cerebro y del sistema nervioso y... bueno, me cautivó. Creo que en ese mismo momento, allí, sentado en la clase, mientras le escuchaba, decidí que quería dedicarme a estudiar aquel órgano fabuloso, el cerebro, la mente. Cuando acabé el instituto ingresé en la Facultad de Medicina y me especialicé en neurocirugía... —Se encogió de hombros—. Y aquí estamos otra vez usted y yo, después de tantos años. Por eso he dicho que era como un círculo que se cierra.

Julián se lo quedó mirando con la boca entreabierta. De repente, se había quedado en blanco.

—Vaya... —musitó—. No sé qué decir...

—No diga nada, profesor. —Sonrió Torres—. Solo quería saludarle y agradecerle lo que hizo usted por mí. Ahora no le entretengo más; seguro que está deseando volver a casa. —Le estrechó la mano—. Adiós, don Julián; ha sido un placer volver a encontrarme con usted. Cuídese mucho.

El médico abandonó la habitación y Julián se quedó de pie, contemplando la puerta por donde había salido su antiguo alumno.

—Gracias... —murmuró al cabo de unos segundos.

Luego, se sentó en la cama y perdió la mirada. Poco a poco, una luminosa sonrisa fue formándose en sus labios.

Al cabo de unos minutos regresó su mujer.

—Ya nos podemos marchar —dijo—. ¿Estás listo, Julián?

El viejo profesor asintió mientras se incorporaba e intentó coger la bolsa de viaje donde estaban sus cosas, pero Gloria se lo impidió adelantándose y cogiéndola ella.

—No debes hacer esfuerzos —le advirtió—. Venga, vámonos; Carmen nos está esperando en el coche.

Se dirigieron a los ascensores. Mientras bajaban, Gloria miró con curiosidad a su marido y comentó:

—Te veo muy sonriente.

Julián contempló su rostro en el espejo del ascensor.

—Es verdad —dijo—. Tengo cara de tonto.

—No, estás muy guapo. Me gusta verte sonreír.

Llegaron a la planta baja, cruzaron el vestíbulo y salieron al exterior. Al sentir en la piel la caricia del sol, Julián se detuvo, cerró los ojos y aspiró una profunda bocanada de aire. Olía a flores y a hierba recién segada. Rodeó con un brazo los hombros de su mujer y la besó suavemente en los labios.

—¿Sabes, Gloria? —le susurró al oído—. Creo que hoy es el mejor día de mi vida.

Y volvió a besarla.

En busca del tesoro

Concha López Narváez
y Rafael Salmerón

En busca del tesoro

47

Con esfuerzo apartó las ramas que le impedían el paso, retorciéndose, formando una casi impenetrable tela de araña que con hostilidad se enfrentaba a ella, como diciendo: «Vete, no eres bienvenida».

La camisa se pegaba a su espalda, empapada en un sudor tan denso y tan caliente como el asfixiante aire que allí se respiraba.

«Tiene que estar ya muy cerca, no puede faltar mucho», se dijo a sí misma.

Al pasar junto a una enorme roca, casi enteramente cubierta de un oscuro musgo de aspecto gelatinoso, una numerosa bandada de murciélagos alzó el vuelo con brusquedad. De inmediato recordó las palabras del Profesor, tan vivamente como si las estuviese escuchando en ese momento por primera vez: «Al llegar a la roca de los murciélagos camina veinte pasos hacia el sur y habrás llegado a la entrada del templo».

Así que sacó la brújula del bolsillo y esperó un segundo hasta que la aguja señaló el norte. Con una sonrisa en

los labios giró sobre sí misma, guardó la brújula y comenzó a caminar hacia el sur.

«Uno, dos, tres..., dieciocho, diecinueve y veinte». Ya estaba. Había llegado a la entrada del templo. O eso se suponía. Porque ante ella no había nada. Ninguna puerta, ni columnas, ni escaleras, nada. Tan solo un enmarañado manto de hojas y enredaderas que cubrían casi por completo una irregular formación rocosa. No podía ser, tenía que estar allí. El Profesor había sido muy claro, veinte pasos al sur de la roca de los murciélagos. Y en ningún momento había dudado de su palabra. Ni tan siquiera entonces. Porque los consejos y las indicaciones del Profesor siempre habían sido acertados, y siempre, en innumerables ocasiones, le habían sido de gran ayuda.

Inmediatamente acudieron a su mente recuerdos imborrables. Aquella vez en la que tuvo que enfrentarse a la abominable y cruel Señorita Trunchbull; aquel verano en que suspendió las Matemáticas y el Imbécil metió los Pin y Pon en el vídeo; cuando, acompañada de su amiga Casiopea, tuvo que ir hasta el mismísimo Manantial del Tiempo para desbaratar los planes de los Hombres Grises; la ocasión en la que, a lomos de Fújur, consiguió escapar de Gmork y de la Nada; o aquella otra en la que tuvo que recorrer media Europa huyendo del horror nazi.

En todas esas ocasiones, en todas, los consejos, la ayuda y el apoyo del Profesor le habían sido imprescindibles para llevar a buen término sus aventuras. Así que, incluso entonces, frente a aquella irregular formación rocosa cubierta de hojas y enredaderas, no dudó de sus palabras.

Si el Profesor decía que la entrada al templo se encontraba veinte pasos al sur de la roca de los murciélagos, allí tenía que estar. Tal vez el problema era la brújula. Sí, tenía que ser eso. La brújula debía de estar estropeada. Así que lo que tenía que hacer era regresar a la roca y encontrar algún modo de saber en qué dirección estaba el sur.

Cuando se disponía a comenzar a desandar lo andado, una pequeña cabeza verde asomó por entre las enredaderas. No era más que un lagarto, un lagarto curioso y esquivo que, casi enseguida, desapareció de nuevo entre el follaje.

Intrigada, introdujo con cuidado una mano por la abertura en la que, hacía tan solo un instante, había estado el lagarto, y con sorpresa descubrió que, tras ella, no había roca. No había nada. Así que, primero con precaución y después con ansia, fue apartando hojas y ramas hasta dejar al descubierto aquello que, sin duda, era lo que con tanto ahínco había estado buscando. No se trataba de ninguna puerta majestuosa, enmarcada por robustas columnas ni fastuosas escaleras. No era más que una grieta en la roca, que apenas dejaba espacio para que un ser humano pudiese franquearla; sin embargo, no podía dudar de que aquella tenía que ser la entrada al templo. Labradas en la roca, rodeando por completo la abertura, había multitud de pequeñas calaveras emplumadas. Y aquel era el símbolo del dios al que el templo que ella buscaba estaba dedicado.

Así que, sin dudarle un instante, y armada de una antorcha que había encontrado junto a la entrada, quizás a

la espera del primer aventurero incauto que se atreviese a cruzar el umbral y necesitase iluminar sus pasos, comenzó a recorrer un camino que, si bien podía granjearle la mayor de las recompensas, también podía resultar sumamente peligroso y, por qué no admitirlo, incluso fatal.

Sin embargo, otra vez los sabios consejos, las enseñanzas y el apoyo del Profesor le ayudaron a sortear todos los peligros con los que se fue encontrando: las terribles arenas movedizas hirvientes, el pasadizo de las cuchillas afiladas, los pozos ocultos repletos de gigantes escorpiones, las imprevisibles estatuas vivientes. Con esfuerzo y algo de suerte logró superar todas y cada una de aquellas pruebas y amenazas hasta alcanzar finalmente la sala en la que se hallaba aquel magnífico tesoro que había ido a buscar.

Allí estaba, inmóvil, como llamándola, encima del altar de piedra. Con pasos cuidadosos subió las escaleras labradas en la roca hasta llegar junto a la recompensa que tanto había ansiado encontrar. Estaba al alcance de su mano. Tan solo tenía que cogerlo. Ya era suyo. Era tan sencillo... Quizás demasiado. Entonces se dio cuenta. En aquel altar de piedra había un resorte. Y seguro que estaba conectado a algún oculto mecanismo que la conduciría a una muerte terrible. Así que, como le había enseñado el Profesor, se tomó su tiempo. Observó y estudió aquel resorte hasta que creyó dar con la clave. Sin embargo, no podía estar segura. Nunca se podía estar del todo segura en estos casos. Pero tenía que arriesgarse. No iba a marcharse de allí con las manos vacías. Así que se armó de

valor, se limpió el sudor de la frente y se dispuso a coger aquello que había ido a buscar. Con cuidado buscó en el interior de su mochila hasta encontrar lo que necesitaba: un lápiz. Un simple lápiz de grafito. Aún con más cuidado cogió el lápiz con dos dedos y, muy despacio, lo introdujo en un pequeño agujero que había en la parte trasera del altar. Un pequeño crujido, casi imperceptible, llegó a sus oídos. Por unos interminables segundos esperó inmóvil, temiendo que aquel sonido fuese el principio de su propio fin. Sin embargo, no sucedió nada. Entonces ella alargó las manos, temblorosas, y tomó el tesoro con la mayor de las precauciones y las reverencias. ¡Lo tenía! ¡Lo había conseguido! Aquel tesoro era suyo. Para siempre, y ya nadie podría arrebatárselo. Así que, con una enorme sonrisa en los labios, recorrió los pocos pasos que la separaban de la mesa del Profesor.

—Ya lo he terminado.

—¿Te ha gustado?

—¡Me ha encantado! Es justo como nos habías contado. Misterioso, divertido, emocionante. ¡Maravilloso!

—Me alegro mucho. Y ahora, ¿qué vas a hacer? ¿Quieres empezar otra aventura?

—¡Por supuesto! ¡Claro que sí! ¡Inmediatamente!

—Está bien, está bien. Primero tenemos que repasar los ejercicios de Matemáticas; pero, en cuanto terminemos, podéis buscar un nuevo libro en la biblioteca.

—Profesor...

—¿Sí?

—¿Cuál me recomiendas?

**El único trabajo
de mi vida**

Alfredo Gómez Cerdá

El único trabajo de mi vida

55

Hacía más de dos meses que habían reservado el salón más grande del restaurante. Desde entonces el director del colegio había tenido que telefonar en varias ocasiones para comunicar la asistencia de más personas y, por consiguiente, ampliar la mesa. En principio, solo iban a acudir los compañeros del colegio; pero enseguida comenzaron a mostrar su interés maestros de otros centros que, aunque no hubiesen compartido aulas con María Rosa, la conocían, la admiraban y la querían. El aluvión de antiguos alumnos fue tan grande que el propio director tuvo que poner límites, lo mismo que con los padres y con un sinfín de amigos, entre los que había algunas personas de reconocido prestigio, que ella había invitado a su clase en alguna ocasión para que los alumnos pudiesen conocerlas: científicos, escritores, ilustradores, deportistas...

¡Nadie quería perderse la comida de despedida de María Rosa!

—¡Resérvenos el restaurante entero! —le dijo finalmente el director del colegio al *maître*.

El director era uno de los grandes amigos de María Rosa, con la que había compartido casi treinta años de docencia. Se había volcado en su homenaje y, de forma egoísta, pensaba que la jubilación debería estar prohibida para maestras como ella. Quería que aquella comida, aquella despedida, resultase perfecta, emotiva, entrañable, inolvidable. Se preocupó hasta del último detalle: el lugar donde se debería sentar cada uno, el momento en que ella haría acto de presencia en el salón, el brindis, su discurso... Sí, a él, como director y como amigo, le correspondía pronunciar un discurso; sin embargo... «¡Bufff!», resoplaba. Iba a hacer algo que a buen seguro sorprendería a todos. Ya lo había decidido, y esperaba no tener que arrepentirse durante el resto de su vida.

Llegó el gran día. Sí, grande, aunque para todos estuviera teñido de nostalgia. El director ejerció desde el principio de maestro de ceremonias. ¡Qué eficiencia la suya! Las mesas estaban dispuestas y los asistentes, que eran tropel, fueron ocupando su sitio en orden. El lugar de honor, adornado con un gran ramo de flores, estaba reservado para María Rosa. Solo cuando estaban todos colocados, el director salió a buscarla, pues la tenía escondida en un pequeño reservado.

Cuando María Rosa entró en el salón, de manera espontánea, todos comenzaron a aplaudir. No fue un aplauso como el que se da a un jugador de fútbol cuando mete un gol, ni el que se da a un actor cuando gana un Goya, ni el que escucha un político cuando termina un mitin, ni el de un cantante, ni el que reciben los actores al final de la obra de teatro... Era

un aplauso de gratitud, de amor, de admiración... Los corazones emocionados de los presentes eran los que aplaudían.

María Rosa lanzó unos cuantos besos y se sentó, como diciendo: «Ahora vamos a comer, ya tendremos tiempo después para decir algunas cosas».

El director, que se sentó a su lado, volvió a cuestionarse interiormente si habría tomado la decisión correcta. Le recomían las dudas. Pero lo cierto es que ya no podía rectificar. Lo hecho, hecho estaba; y si salía mal tendría que apechugar con las consecuencias.

La comida estaba exquisita y disfrutaron de ella. Terminaron el postre y los camareros sirvieron una copa de cava. El director se puso en pie para pronunciar el brindis y todos le secundaron.

Y claro, después del brindis, y antes de ceder la palabra a María Rosa, venía su discurso. Los asistentes se habían vuelto a sentar y le estaban mirando con impaciencia, pues imaginaban que habría preparado un discurso extraordinario. El director se aclaró la garganta, miró a su alrededor y dijo:

—Y ahora, amigas, amigos, va a decir unas palabras... Víctor.

El director se sentó y, como esperaba, escuchó murmullos de sorpresa. ¿Víctor? ¡Víctor! Pero si Víctor era el profesor más joven del colegio, si solo llevaba un curso allí, si además parecía no haber mostrado mucho interés por la enseñanza, si... Pero ¿dónde estaba Víctor?

Víctor se levantó muy despacio, como si le diese un poco de miedo lo que iba a suceder. Ni siquiera estaba

sentado en la mesa de honor. Miró a un lado y a otro. Se hizo el silencio y todos pudieron oír el resoplido que lanzó, como si pretendiera expulsar de su cuerpo los nervios que tenía. Del bolsillo de atrás de su pantalón sacó un papel doblado. Lo desplegó sobre la mesa, lo alisó con las palmas de sus manos y, dirigiéndose a la homenajeadá, dijo:

Buenas tardes, María Rosa. He escrito estas palabras para ti, así que me olvidaré de los compañeros y amigos que están presentes, a lo mejor de ese modo consigo no ponerme demasiado nervioso. Como sabes, yo solo llevo un año en el colegio. En realidad solo llevo un año en la enseñanza. ¡El primer trabajo de mi vida! ¿Recuerdas, María Rosa? Uno de los primeros días del curso te acercaste a mí en el patio, durante el recreo, y me lo preguntaste:

—¿El primer trabajo de tu vida?

—Sí, claro —te respondí.

Entonces me contaste que tu primer trabajo se había convertido en tu único trabajo, y que estabas muy contenta porque hubiese ocurrido así.

—Esa no es mi intención —te dije—. ¡Pasarme la vida dando clase! ¡Qué horror!

Sí, estaba allí, en el colegio, pero si te digo la verdad no sabía muy bien por qué. En realidad había estudiado Magisterio sin ninguna convicción. No tenía las cosas claras, salvo una: no estaba dispuesto a pasarme la vida enseñando a los niños.

—¿Conoces otro trabajo más bonito? —me preguntaste así, de sopetón.

La verdad es que no supe responderte. Estaba convencido de que tenía que haber un montón de trabajos mucho más bonitos, pero en aquel momento no se me ocurrió ninguno.

—Si lo encuentras, harás bien en dejar la enseñanza. Cada uno tiene que intentar trabajar en aquello que le parece lo más bonito del mundo.

Asentí con la cabeza. Eras la primera persona que me animaba a dejar la enseñanza después de haber sacado las oposiciones. Mis padres se subían por las paredes cada vez que se lo insinuaba. Nos sonreímos y comenzamos a andar en direcciones opuestas. Pero, de repente, tu voz me detuvo.

—¿Tú crees que dar clase consiste en enseñar a los niños?

A veces, María Rosa, haces unas preguntas jodi..., perdón, complicadas. Desconcertado, me quedé pensando un rato. ¿Qué me querías decir? No entendía bien el sentido de tus palabras.

—Pues claro —te respondí al final.

Negaste con la cabeza y me sonreíste. Por cierto, María Rosa, ¿te he dicho alguna vez que me encanta tu sonrisa? Es sorprendente, pero tu sonrisa está llena de mensajes, de emociones, de sentimientos.

—Pues no —me replicaste, sin dejar de sonreír—. Para dar clase tienes que estar dispuesto a aprender de los niños y con los niños, a descifrar el mundo con ellos, la vida, el alma de todas las cosas. Solo si tienes esa actitud podrás descubrir si eres maestro o no. Y si descubres que lo eres, te pasará como a mí, que tu primer trabajo se convertirá en el único de tu vida.

La verdad, María Rosa, en aquel momento no entendí lo que me estabas diciendo. ¡Las viejas maestras siempre con

sus monsergas!, pensé. Pero tus palabras no se iban de mi cabeza. No me habías dicho «descubrirás si eres un buen o un mal maestro», no; lo que me habías dicho era «descubrirás si eres maestro o no lo eres». ¡La de veces que he pensado en esas palabras!

Han pasado nueve meses. Un curso escolar. Un embarazo. Nunca olvidaré estos nueve meses, María Rosa, y no solo porque he tenido la inmensa suerte de compartíroslos contigo; no los olvidaré porque durante este tiempo he descubierto muchas cosas. ¡Con ellos, sí, con los niños! He descubierto el verdadero sentido de la palabra solidaridad y la importancia de la tolerancia y el respeto a los demás. ¡Sí, María Rosa, de verdad, lo he descubierto con ellos! La mirada de los niños me ha hecho descubrir la ternura; y su llanto, la tristeza y la pena. Me he dado cuenta de que no podemos dejar de sorprendernos durante toda la vida, sorprendernos por la forma de una nube, por la telaraña que cuelga en un rincón, por el brote verde de un árbol, por el pájaro que vemos revolotear desde la ventana... He aprendido a jugar, María Rosa, pero a jugar de verdad, sin maquinitas, en el patio, corriendo, saltando... ¡He descubierto el placer inmenso de saltar sobre un charco! He redescubierto los libros, la lectura; ahora leo más que nunca, y lo hago con ellos, y ese momento se impregna de una magia que es imposible de explicar. ¿Y sabes que hasta estoy descubriendo las nuevas tecnologías, a pesar de que me consideraba un experto? Creo, María Rosa, que en estos nueve meses he descubierto la alegría, mi alegría, lo que me hace feliz, lo que da sentido a mi vida. Por eso, solo quería decirte que, por fin, entendí el sentido de aquellas palabras que me dijiste

en el patio del colegio. Ahora estoy seguro, completamente seguro. Quiero seguir aprendiendo siempre. Quiero que mi primer trabajo sea el único trabajo de mi vida, porque he descubierto que soy maestro.

Víctor terminó así su discurso y el director respiró profundamente, satisfecho, al comprobar que no se había equivocado. La ovación fue de las que no se olvidan. Muchos de los presentes no podían evitar alguna lágrima de emoción. ¡El jodido novato les había puesto los pelos de punta!

Y le tocó el turno a María Rosa. Sus primeras palabras fueron las siguientes:

—Los que me conocéis bien sabéis que no voy a dejar que se me escape alguna lágrima, pero tengo que confesar que estoy muy emocionada y también muy contenta, porque después de escuchar a Víctor me puedo jubilar tranquila.

Por supuesto, María Rosa dijo muchas más cosas y la fiesta de homenaje se alargó durante toda la tarde.

**Estudiantes
de bachillerato**

M.^a Isabel Molina

Estudiantes de bachillerato

Carmen Sánchez pensaba que diez años era una edad muy temprana para decidir el futuro académico de un estudiante. A los diez años, los chicos querían jugar al fútbol y ser los mejores con la peonza y las niñas saltaban a la comba y presumían de la mejor muñeca. Era demasiado pronto, meditaba Carmen, para saber si debían estudiar el bachillerato —con el acceso a la universidad— o continuar con la enseñanza básica.

Claro que estaba el problema económico, cuando la familia no podía asumir el coste de la enseñanza del bachillerato, pero en ese caso la solución era distinta y estaba a la vista: había que buscar becas.

Cuando hablaba del tema en las reuniones de profesores, muchos le decían que no había nada irremediable; siempre se podía acceder al bachillerato después de terminar la enseñanza básica. Pero eran muy raros los estudiantes que lograban eso; llegaban al bachiller varios años más mayores que el resto y con unos conocimientos que no les preparaban para lo que iban a tener que estudiar. O el muchacho era un estudiante muy brillante —las chicas

parecía que no contaban para ese paso— o el fracaso estaba cantado. Y Carmen sentía que la indignación, una indignación ya vieja y gastada, le subía por dentro.

Cerró la puerta de la sección de primaria y tomó el pasillo que llevaba a la sala en que recibían a las visitas. Era una habitación no muy grande, amueblada con unos sillones anticuados, regalo de no se sabía quién, una mesa baja con un cristal encima de la madera carcomida y, en una esquina, un gran jarrón con una palmera polvorienta.

Tenía una cita con los padres de una alumna. Le había anunciado que iba a seguir la enseñanza básica. Y ella había respirado hondo varias veces antes de darle a la niña una nota citando a sus padres.

Irene era una niña tímida que tenía una gran memoria y, además, leía de forma voraz e infatigable. Al principio de curso, al verla recitar de memoria poemas y páginas enteras de sus lecturas, le había dicho:

—No puedes leer así, a lo loco, de cualquier manera. Tienes que leer con orden. Debes llevar una ficha en la que anotes el título del libro, el autor y la editorial. Luego haces un pequeño resumen del argumento y anotas tu opinión.

La niña había enrojecido.

—No tengo fichas...

—¡Pues hazlo en un cuaderno de espiral! Haces una raya en el centro y es como si fuesen dos fichas en una página.

Al final del curso le había preguntado por las fichas.

—Las he hecho en el cuaderno.

—¿Me lo enseñas?

Había vuelto a ponerse roja como un tomate.

—Pero... no son deberes...

—¿Alguien de tu familia sabe todo lo que lees?

Negó con la cabeza.

—Bueno, algunas veces sí..., me regalan libros.

La había dejado volver a su mesa. ¡A saber lo que habría leído a escondidas!

Los padres de Irene la aguardaban en la sala. La madre se había sentado en uno de los viejos sillones. El padre paseaba, más bien daba pequeños pasos de la mesita a la ventana en la pequeña sala. Era bastante alto, delgado.

—Buenas tardes —saludó cordial Carmen—. ¿Nos sentamos?

Se acomodó ella la primera en el borde de la butaca que tenía las cinchas del asiento flojas y que se hundía con el peso. En una ocasión, la madre de una alumna no había podido levantarse y había tenido que pedir ayuda para sacar de la butaca a la sofocada mujer. Había sido muy bochornoso para todos.

El hombre se sentó al lado de su mujer y habló el primero:

—Usted nos dirá para qué nos ha llamado, doña Carmen.

La maestra cruzó las manos sobre la falda.

—Tengo que decirles, en primer lugar, que estoy muy satisfecha del progreso de su hija Irene; pone mucho empeño en el trabajo y tiene una gran capacidad.

—Muchas gracias, doña Carmen —dijo la madre.

—No estoy haciendo un cumplido; su hija es muy buena estudiante.

—Bueno —comentó el padre—, es verdad que tiene muy buena memoria, pero es torpe, no sirve para nada.

—Es un poco lenta, es cierto —confirmó Carmen—, pero lo compensa con la seguridad. Acaba terminando antes que el resto de la clase.

Se enderezó en la butaca y decidió entrar en el asunto.

—Los he llamado porque me ha dicho que no se va a presentar al examen de ingreso de bachillerato. Seguirá la enseñanza básica.

El hombre asintió:

—Sí, eso hemos decidido. La básica y algún idioma.

—¿Por qué? —No pudo evitar que el tono de voz resultase brusco—. Es una alumna excepcional. Hará el bachillerato con buenas calificaciones y luego puede estudiar lo que quiera.

El padre se inclinó hacia delante en la butaca.

—Mire, doña Carmen, todo eso que dice es posible, pero ¿para qué? Mi hija Irene se casará como se casan todas las mujeres. Si se casa con un hombre con dinero, sus obligaciones serán saber llevar una casa, educar a sus hijos y atender la vida social de su posición. Necesitará una cultura y saber comportarse, no estudios. Y si se casa con un hombre pobre, lo que tendrá que saber es cómo fregar, cuidar de los hijos y ahorrar para llegar a fin de mes. Los estudios solo la servirían para abochornar y hacer de menos a su marido.

La indignación hizo que Carmen Sánchez se levantara de la butaca sin tener que apoyarse en los brazos. Los padres de Irene se levantaron también. Carraspeó un poco y consiguió sonreír y hablar bajo y en un tono muy suave.

—No puedo decir que esté de acuerdo, pero, claro, ustedes son los padres de Irene, y usted —hizo un gesto con la mano que consiguió que no resultase agresivo— el que tiene en sus manos la decisión sobre su futuro, pero...

—¿Pero qué? —preguntó el padre.

—No podrán llevar a cabo su proyecto en este colegio. Lo he consultado con la directora y si su hija Irene sigue la enseñanza básica, lo tendrá que hacer en otro centro. En este no será posible.

—¿Por qué? —Ahora era el padre el que levantaba el tono.

Carmen volvió a sonreír.

—Entienda, es por nuestra conciencia profesional. Por nuestro deber de maestras. Ya le he dicho que su hija es una alumna muy dotada. No podemos colaborar a que no desarrolle todo su potencial. Lo sentimos, pero no podemos hacerlo.

—¡Pero los otros colegios están mucho más lejos! Habría que buscar transporte y sería un gran problema —dijo la madre.

—Lo lamento mucho, pero es un acuerdo adoptado en la última reunión de profesores y ya es firme. Su hija no podrá seguir en este colegio si no cursa el bachillerato. La decisión es de ustedes.

Los padres se miraron. La madre volvió a repetir:

—Es un gran problema cambiarla de colegio. Y también habría que cambiar a Laura. No van a ir cada una a un colegio distinto.

Al padre se le marcaba una señal roja en la frente.

—No podemos buscar otro colegio para Irene y su hermana. Puestas así las cosas, tendrá que estudiar el bachillerato, pero para lo que le va a servir...

—Creo que es una decisión acertada. Traigan cuanto antes tres fotos de carné para la matrícula y el libro escolar —les tendió la mano sonriendo—; ha sido un placer hablar con ustedes, ya lo repetiremos.

Les abrió la puerta de la sala y vio cómo se alejaban hacia la puerta de salida. Iban discutiendo.

Carmen Sánchez fue hacia la sala de profesores. Tuvo que reprimirse para no dar un par de saltos por el pasillo. Ya no tenía edad para hacer piruetas, pero estaba eufórica: una niña más iba a estudiar.

El mar no tiene sueño

Fernando J López

El mar no tiene sueño

A quienes derriban muros con tizas.

73

Llevamos más de veinte minutos sin hablarnos. Él baja la mirada, esquiva la mía y yo me limito a esperar a que se decida a romper el silencio intentando no sumar más presión que la que ya impone mi presencia en esta habitación.

Ni siquiera le he pedido que se siente frente a mí. «Tus métodos son poco ortodoxos, Sandra», me recordaba ayer mi supervisora y volví a desoír su apreciación con la misma tenacidad con la que ignoro todo comentario que me parece inútil e impropio. Por eso he respetado su postura adolescente y he permitido que Mike siga allí, sentado junto a la ventana, encogido en sí mismo y sosteniéndose con fuerza las piernas, como si necesitara agarrarse a algo con la suficiente violencia como para que esa furia no estallase contra alguien más. O contra sí mismo.

Lo miro desde esta distancia insignificante y, a la vez, abismal que se ha abierto entre nosotros. Un espacio que

apenas ocupa unos metros y que, sin embargo, nos sitúa en dimensiones difícilmente reconciliables. Su mundo está hecho del silencio que emplea como coraza. El mío, de la necesidad de bajar sus defensas para que empiecen a existir las palabras. Pero no surgen. Y sigo esperando a que Mike me hable de lo que ha sucedido. De lo que está sintiendo. De lo que le gustaría que ocurriese. Le he ofrecido cualquiera de los tres tiempos verbales, pero ni el pretérito del recuerdo, ni el presente de la incertidumbre, ni el futuro de un posible deseo consiguen hacerle hablar. Solo se encuentra seguro en su aislamiento, confiado de que allí, lejos de todos, nada podrá dolerle tanto como para repetir su intento del pasado martes.

El informe de los hechos es escueto. Muy aséptico. Pero no resulta difícil imaginarse los datos que no aparecen en esas páginas donde solo se habla de la depresión, de la ansiedad y de cómo se halló al paciente en la bañera tras su intento frustrado de quitarse la vida. Mi supervisora insiste en que es necesario distinguir a quien «realmente quiere quitarse la vida» de quien «solo pretende llamar la atención intentándolo». A mí, en realidad, me cuesta ver la diferencia entre ambas realidades, porque el adjetivo *frustrado* puede que solo sea consecuencia de la torpeza, o de un minúsculo atisbo final de lucidez, o de la incapacidad práctica para culminar un plan teórico. El terror, en el intento y en el logro, es siempre el mismo. Se vea frustrado o no.

—¿De qué quieres que hablemos?

Lo intento a la desesperada, pero Mike continúa ignorándome. Es como si mis palabras no hubiesen tenido

lugar. Se mantiene completamente inmóvil, como una estatua adolescente que pretendiera fundirse con su reflejo en el cristal de la ventana. ¿Volverá a hacerlo? Es la pregunta que los padres esperan siempre que yo les responda, aunque no sepa —tampoco en este caso— si seré capaz.

—Podemos hablar de lo que te apetezca.

Reacciona girando la cabeza... en dirección contraria. No es un gran avance, pero al menos he conseguido hacerme presente en su percepción de la realidad. Estoy aquí. A su lado. Y eso le molesta, porque empieza a darse cuenta de que no voy a irme hasta que consigamos iniciar una comunicación que, de momento, se me antoja imposible. Su cuerpo niega la posibilidad con tanta obcecación como su silencio, pero ahora que se ha quebrado su hieratismo, la distancia se ha vuelto menos evidente.

—Sabía que esto iba a suceder. Lo sabía... Si no hubiera llegado a tiempo...

A su madre se le quiebra la voz cuando habla del tema. Aún es pronto, así que la entrevista preliminar con ella apenas me aporta datos relevantes más allá de su inmerecida culpabilidad. Está segura de que intuir el peligro sin haberlo evitado es motivo más que suficiente como para culparse.

—Llevaba dos años ocurriendo. Desde que dio el paso... Desde el cambio de nombre en 3.º de ESO.

Entonces se le empaña la mirada y vuelve a cuestionar su labor. Porque se pregunta si todo empezó cuando ella tomó la decisión de respetar la identidad de su hijo y permitir que la hiciera visible. Ese instante en que Mike

nació ante los demás y comenzaron los problemas en clase. En los pasillos. En el baño de chicos donde le decían que ese no era su lugar y lo encerraban en el de chicas. O en los entornos donde insistían en que su nombre era otro y se negaban a llamarlo Mike, como si aquello solo fuera un capricho.

—No sé por qué eligió ese nombre... No me gusta. Es lo único de mi hijo que no me gusta... El nombre.

Me gustaría decirle que todo se va a arreglar muy pronto, pero entonces estaría mintiéndole. El miedo va a seguir ahí. Acechándola. Y será laborioso reconstruir la confianza. Asegurar que su hijo no va a repetir nunca más su intento. Que la muerte no va a irrumpir de nuevo en sus vidas.

—Por desgracia, Sandra, es un caso *habitual*. No olvides que tenemos muchos más y todos son igual de urgentes... Ya sabes lo que tienes que hacer.

Mi supervisora resume la historia de Mike en una frase y le atribuye un adjetivo estúpido («habitual») que no creo que se pueda relacionar con la vida de nadie. Nuestra existencia nunca es habitual. Es jodidamente única. Así que no sé lo que tengo que hacer. Porque el dolor de Mike también es único. Y tan poderoso como para mantener su cuerpo enrollado sobre sí mismo durante casi una hora. Cincuenta y cinco minutos en los que solo he conseguido que desvíe su mirada durante un segundo.

—No puedo marcharme hasta que digas algo.

Sus hombros pugnan por alzarse en señal de indiferencia, pero su tozudez consigue frenarlos antes de que

completan el movimiento. Agarra aún con más fuerza sus piernas, con la necesidad de asegurarse que nada lo desplazará ni un milímetro del lugar que ha escogido como fortaleza. Una barrera física que ahora siente la necesidad de apuntalar. Ya tiene edad suficiente como para haberse dado cuenta de que las palabras, a menudo, ayudan poco y complican demasiado. Esas palabras con las que lleva luchando desde que decidió que su género gramatical era, como su sexo, distinto al que pretendían atribuirle. Por eso la morfología, supongo, es tan importante, porque trata de la forma, del modo en que las palabras —en que nuestros mundos— se construyen.

No tiene sentido que intente hablarle de todo eso hoy. Esta es solo una sesión inicial. La primera de las horas en silencio que nos esperan hasta que, poco a poco, él quiera contarme su historia. Imagino los datos y los completo con los que me entregó su madre en nuestra entrevista, una copia de ciertos mensajes destinados a su hijo en redes sociales. Resulta desoladoramente sencillo imaginar el porqué de su decisión y entender que no fue un «suicidio frustrado», sino un intento de homicidio colectivo e invisible que se fue gestando durante dos años. Día tras día. En el silencio de esas aulas donde nadie parecía ver lo que estaba ocurriendo.

—Con el de Lengua era distinto...

Apostilla su madre.

—¿El de Lengua?

—Mike habla mucho de él...

Su madre no recuerda el nombre. «Siempre lo llama el de Lengua», se justifica, pero nada más acabar nuestra entrevista, me basta con acudir a su centro para localizarlo. Lo hago antes de esta primera sesión con Mike, claro, porque soy consciente de que necesito acumular datos si quiero que este encuentro sirva de algo.

«El de Lengua» se llama Amador. Tiene más de sesenta años y, aunque conserva el atractivo, la energía y la mirada de un treintañero, se ve que está a punto de jubilarse. «No me queda más que este curso», apostilla. Me basta sentarme un rato con él en la cafetería para darme cuenta de que es todo un símbolo en el centro. Sus alumnos no tardan en rodearlo y tiene un comentario cariñoso para todos ellos. Algún que otro profesor lo mira con cierta envidia, casi con recelo, e incluso hay quien reacciona mal al ver cómo se sientan algunos estudiantes de la ESO en la mesa que ocupa Amador. «Esta zona es la de profesores», les reprochan a los chavales, y en el tono en que esgrimen la norma se aprecia un cierto complejo de quien no tiene el carisma que sí derrocha su veterano compañero.

—¿Sobre Mike? ¿Y qué quieres que te diga?

—Algo que me ayude... Lo que sea.

—No sé si yo soy la persona más indicada para eso... ¿Cómo era tu nombre?

—Sandra.

—Eso, Sandra. No sé... Quizá haya sido también culpa mía... A veces nos equivocamos cuando queremos hacerlo bien.

Le escucho con atención, sin interrumpirle. Me esfuerzo por no preguntar para dejar que me cuente su versión de los hechos. Quién es Mike. Por qué cree que hizo lo que hizo. En qué momento decidió empezar a luchar por ser él mismo y en qué otro momento se rindió en esa batalla.

—Hemos hablado mucho de eso. Los dos... Lo conozco desde 1.º de ESO, pero siempre supe quién era en realidad. Quién se sentía... No sé si animarlo fue una gran idea... Pero con ellos hablo mucho. Y no solo de libros, ni de sintagmas... No tiene sentido que vengan aquí a hablarles de sintagmas... ¿Sabes, Sandra? Yo nunca he sido capaz de ceñirme a un programa. Para nada... La literatura es algo más que todo eso. La literatura es pura vida. Y no se puede enseñar literatura, la de verdad, sin hablar de la vida.

Se le iluminan los ojos cuando lo dice y, por un segundo, veo reflejados en él a algunos de mis profesores, a aquellos que acabaron haciéndome caer en las redes de la psicología y en los que encontré la misma pasión que atisbo ahora en Amador. Me cuenta anécdotas amables, momentos especiales compartidos con Mike y me ayuda, con su visión cotidiana y desenfadada, a alejarme de las consabidas escenas de acoso que de nada me van a servir para ayudarle a reconstruirse. No necesito conocer al adolescente víctima, sino al adolescente soñador. Al chico de diecisiete años que no tuvo miedo de dejarse ver antes de que ese valor estuviese a punto de costarle la vida.

—¿Tú ya has hablado con él?

—Esta tarde es nuestra primera sesión.

—¿Y entonces?

—Me gusta conocer el entorno del paciente en situaciones como esta.

—No parece un método muy ortodoxo, Sandra.

—Eso mismo opina mi supervisora...

—Bien por ti. Los métodos ortodoxos nunca funcionan.

Suena el timbre y se levanta dispuesto a acudir a su próxima clase.

—Ni para un café hay tiempo. Con tanto recorte no damos abasto...

—Ha sido un placer, Amador.

—Espera un momento.

—¿Sí?

—Toma. Llévate esto.

Saca de su carpeta un cuadernillo de folios.

— Úsalo.

—¿Que lo use?

—No es el primero que le regalo a Mike... Lo tenía preparado para dárselo el día que... Utilízalo tú, por favor.

Se aleja sin añadir una palabra más y yo miro sus folios con escepticismo. Se trata de una breve selección de poemas copiados a mano que dudo que puedan ayudarme en algo. ¿Qué espera que haga con ellos? El primero de los textos es de Cernuda, un autor al que —confieso— no he leído demasiado. Así que decido que los llevaré conmigo, sí, pero solo los usaré en última instancia, en caso de que fuera preciso arriesgarme.

Quizá ahora, ante el muro inexpugnable que ha alzado Mike, sí haya llegado ese momento. Porque no parece posible derribar su barrera sin contar con la ayuda de alguien que forme ya parte de su vida. A mí no piensa dejarme entrar, pues mi voz llega demasiado tarde. Después de todo, yo estoy ubicada entre las sombras, en alguno de los círculos dantescos que se abren detrás de una experiencia muy cercana a la muerte. Y de ese lugar oscuro e inhóspito no puede venir nada bueno. Por eso no me mira. Por eso es capaz de continuar inmóvil a pesar de la incomodidad de la postura y de la obstinación de mi mirada. Quizá escuchar un nombre familiar haga que reaccione. Aunque no sepa cómo va a influir en él la lectura del poema que abre este cuadernillo.

—Amador me ha dado algo para ti.

—¿Amador ha venido?

No ha abandonado su posición —manos sobre piernas, cuerpo rígido, cabeza hacia la ventana—, pero la voz sí le ha traicionado. El nombre de «el de Lengua» le lleva hacia otro espacio anterior al círculo en el que ahora nos hallamos. Un espacio donde aún no se siente este frío ni esta soledad.

—No, pero me ha dado esto.

Sé que, ahora mismo, Mike correría a quitármelo de las manos. Pero se contiene y se muerde los labios para no preguntarme qué es y pedirme que se lo muestre. Yo debía estar muerto, parece repetirse. Yo debía estar muerto y por eso no puedo hablar con ella, ni con nadie, porque no estoy aquí, he decidido salir de esta mierda para siempre,

acabar con quienes me duelen y con quienes me sangran, así que no voy a hablar, ni siquiera por Amador, aunque me muera de ganas de saber qué le ha dado a esta tía, qué ha traído, qué tiene ahora mismo entre las manos.

—Me ha dicho que no es el primero que te regala.

Gira la cabeza y apunta con la mirada hacia un rincón de la habitación. No es una señal consciente, sino un acto reflejo, pero lo suficientemente claro como para desvelar el lugar en el que, sobre una mesa, se amontonan otros tantos cuadernos idénticos a este. Folios con poemas de Lorca, de Miguel Hernández, de Bécquer, de Keats, de Whitman, de Juan Ramón... Cuadernillos en los que, con una caligrafía tan especial como el carácter de su autor, Amador ha ido regalándole las voces de los poetas que, imagino, él amaba. Versos que han compartido en estos años y que son, ahora mismo, la única posesión del exterior que Mike tiene consigo. Las grapas, por supuesto, han desaparecido, retiradas por los celadores como medida preventiva ante un posible episodio de autolesión. Libres y desgrapados, los poemas se han acabado mezclando en una obra infinita, una partitura orgiástica en la que se combinan anárquicos los versos y las voces.

—¿Quieres que leamos alguno?

No dice nada, pero esta vez su silencio es un sí.

Aquella noche el mar no tuvo sueño.

Cansado de contar, siempre contar a tantas olas,

quiso vivir hacia lo lejos,

donde supiera alguien de su color amargo.

—*La realidad y el deseo.*

Me interrumpe.

—¿Cómo?

—*La realidad y el deseo.*

Repite.

Yo callo. Sé que es el título de la obra de Cernuda, pero necesito que sea él quien siga hablando.

—No me gusta.

—¿El poema?

—El título.

Reprimo un porqué. Solo me lo contará si no le obligo a hacerlo.

Espero.

No dice nada.

Sigo esperando.

Los segundos se convierten en minutos, pero sé que merece la pena esperar. Que las palabras están a punto de desbordarse. Que el dolor de ese mar insomne va a quebrar el silencio de un momento a otro.

—Ese título es una mierda.

Estalla.

Al fin...

Estalla.

—Una auténtica mierda. Porque no es una «y». No es la realidad y el deseo, joder. Es la realidad contra el deseo... Y la realidad puede con el deseo. La puta realidad siempre puede con todo.

Silencio.

Ni yo sigo leyendo ni él continúa hablando.

Mastica la rabia.
Las palabras no dichas.
Traga saliva.
Y rompe a llorar.

Despacio. Sin estridencias. En un llanto cansado de esconderse, así que fluye moroso y con la conciencia de haber sido ocultado demasiado tiempo. La poesía desabrocha las lágrimas y el dolor se hace húmedo y contagioso, una tristeza que empaña la tarde y me obliga a releer el poema sintiendo en él la mirada de Amador y el dolor de Mike. Está todo aquí, me digo, y me siento un poco menos sola al ver que tampoco «el de Lengua» ha sido fiel a la ortodoxia. Me pregunto con envidia —y con admiración— cuántos caminos habrá abierto en sus alumnos gracias a la literatura y anoto, mientras Mike se calma, los nombres de los autores que figuran en los folios que atesora en su mesa. Tendré que investigar sobre ellos para las próximas sesiones, supongo.

—Volveré mañana, Mike. Y esperaré a que quieras hablar conmigo. Mientras tanto, seguiremos leyendo...

No contesta, pero sé que he encontrado un camino. Tortuoso, largo y, seguramente, lleno de recovecos, pero al menos nos permitirá llegar a algún lugar si conseguimos recorrerlo juntos. Mi supervisora no aprobará este método, por supuesto, pues le parecerá poco científico y demasiado subjetivo, pero no pienso hacerle caso. Porque para devolverle a Mike las ganas de vivir necesito convencerle de que el deseo sí puede vencer a la rea-

lidad. O de que la realidad puede llegar a ser deseo. Y la única forma de demostrárselo es adentrarnos en el oleaje de estos versos. Un mar insomne y adolescente que tendrá que aprender a perder el miedo de una maldita vez.

Tarde de teatro

Care Santos

Tarde de teatro

Enseñar es un ejercicio de inmortalidad.

89

Rubem Alves

El toque de las trompetas anunciando el inicio de la función sobresaltó al viejo Walter Roche, el maestro de pueblo, llegado a Londres para la ocasión después de un viaje largo y agotador. El viejo maestro nunca había visto tanta gente junta, ni tan revoltosa. El ruido resultaba ensordecedor, el gentío se arremolinaba junto a las entradas del nuevo edificio, había empujones, algunos perdían los nervios. Conseguir un pequeño espacio en el patio o en alguna de las gradas superiores parecía cuestión de vida o muerte.

El viejo Walter Roche precisó consultar de nuevo el papel con las instrucciones. Allí estaba cuanto debía hacer, explicado con toda claridad. Lo sacó trabajosamente de su faltriquera y achinó un poco los ojos para leer: *Preguntad en la puerta tercera por un hombre llamado Peele. Mostradle esta carta de mi puño y letra y él os guiará hasta vuestro asiento. También os proporcionará una almohada*

para vuestra mayor comodidad. Sin ella el drama acaso os resultaría demasiado dramático.

Quien en otro tiempo fue su alumno conservaba su sentido del humor y su alegría habituales. «Es un mérito envejecer de buen humor», se dijo Roche, que no lo había conseguido. Mientras buscaba la tercera puerta y al tal Peele, el maestro constató que él no sería capaz de vivir ni un cuarto de hora en un lugar como aquel. No lo habría conocido nunca de no ser por la carta. La carta tenía la culpa de todo.

A lo largo de su prolongada vida como maestro, Walter Roche conoció a centenares de discípulos. Sería exagerado, además de pretencioso, afirmar que siempre supo que el hijo del guantero llegaría tan lejos. Cuando le preguntaban por él —cada vez con más frecuencia—, siempre recordaba su alegría, su arrojo, aquel afán por entender el mundo, de aquel niño tímido, diferente, que apenas tenía amigos. En realidad, lo que le hacía único era difícil de explicar. Una vez distinguió un ademán de sus manos, un rictus de sus labios... Era un chiquillo tocado por el destino, no encontraba otra explicación. Los dioses, a saber cuáles, le habían elegido. Hay cosas que no pueden explicarse de otro modo.

Por fin dio con la puerta, frente a la cual aguardaba un hombre cuyo único cometido parecía ser controlar a una multitud incontrolable. Se acercó a él como pudo y le mostró el papel. Por respuesta obtuvo una sonrisa sincera, la primera del día, que agradeció como un regalo. El hombre gritó junto a su oído, tratando de imponerse a los bramidos del gentío:

—Venid conmigo, señor. —Y entró en el teatro por la puerta que antes custodiaba.

Las viejas piernas del maestro aún eran fuertes. No se fatigó demasiado durante la subida a la primera galería. Una vez allí, el guía recorrió el pasillo que rodeaba las gradas de los espectadores hasta el balcón de los músicos, que quedaba sobre el escenario y a la vez dentro de él. Es el mismo lugar que ocupaban la reina y su séquito cuando acudían a las representaciones. Walter Roche, poco acostumbrado a tratos tan preferentes, se incomodó de verse en tal lugar.

—Su almohada, señor. —Ofreció el acompañante, tendiéndole un pequeño rectángulo rojo que había de colocar entre sus posaderas y la madera del asiento.

Antes de que Walter Roche pudiera agradecerse, el guía había desaparecido. En el balcón se preparaban los músicos, y le dedicaron una sonrisa amistosa. Él respondió con timidez de personaje fuera de lugar.

El viejo maestro de escuela tenía desde allí, en esos minutos previos, una magnífica panorámica de las gradas superpobladas. Pensó que le habría gustado más, y le habría parecido más justo, sentarse entre los demás, ocupar un diminuto espacio entre la multitud, aun a costa de aguantar gritos y codazos. Al fin y al cabo, ¿qué había hecho él para merecer un trato de preferencia? O como siempre trató de enseñar a sus alumnos, ¿en qué se diferencian unos hombres de otros? ¿Por qué algunos creen merecer privilegios?

Como le gustaba observar, entretuvo la espera fijándose en los detalles. Los colores alegres de los vestidos de

las damas. Las cáscaras de cacahuete que caían al patio, arrojadas por los más hambrientos. Los saludos a voces de vecinos contentos de verse de extremo a extremo del teatro. Ciertos retazos de conversación versaban sobre el argumento de otra comedia. O sobre un pedazo de la vida de alguien que bien parecía una obra de teatro.

Walter Roche, el viejo maestro, recordó las representaciones escolares, siempre tan caóticas. Los muchachos sentían vergüenza de ponerse ante el público. Casi nunca se les escuchaba bien. Tenían voces de pajarillo asustado. Y allí estaba él, para repetir siempre lo mismo, porque en eso consistía, en parte, su trabajo: decir siempre lo mismo, con la misma sempiterna paciencia. «Habla más alto, imagina que tus padres se sientan al fondo, vocaliza bien, recita de modo que se entienda lo que quieres decir. Porque, veamos, ¿tú entiendes lo que estás diciendo?». El pequeño actor meneaba la cabeza con energía y fruncía los labios. «¿Lo ves? ¡Pues ese es el problema! ¿Cómo vas a convencer a alguien si ignoras de qué?».

No quiso recordar mucho por si le confundía con algún otro. En la memoria de un maestro están todos sus alumnos, pero los detalles se desdibujan con el tiempo. Juraría, sin embargo, que era él quien se ponía siempre tan nervioso antes de salir al escenario, como si en cada representación se estuviera jugando la vida. Lo entendió de pronto: se la estaba jugando. Su pequeño pupilo asustado escribía el prólogo de su futuro. Hay cosas que un maestro sabe antes que el resto del mundo pueda descubrirlas. Qué suerte.

Aquellas representaciones sin orden ni concierto, donde todos sufrían lo suyo, fueron una revelación. Incluso el profesor de Griego y Latín, un londinense que presumía de haber estudiado en Oxford, y se quejaba del lamentable oído de sus pupilos para el griego, aplaudió con ganas. De aquella velada lejana recordó Roche también la presencia de la madre entre el público. Mary Arden se sentó en la segunda fila, justo después del claustro de profesores, con las manos cruzadas sobre el regazo, la expresión más severa que orgullosa, expectante, como preguntándose: «A ver qué es lo que vais a hacer para sorprenderme». No podía disimular su preocupación. ¿Y si el hijo tartamudeaba? ¿O tropezaba? ¿O se mofaban de él? El hijo sensible, con gustos raros, sin amigos. El caracol sin concha que ella debía proteger del mundo.

Fue el viejo maestro Walter Roche quien un día la llamó, qué atrevimiento, para darle un consejo que nadie le había pedido. Creía conocer a su discípulo y creía saber el modo de ayudarlo.

—El librero Jenkins es amigo mío —le dijo a Mary Arden—. Está de acuerdo en que vuestro hijo sacaría mucho provecho de leer todos los días.

—Pero nosotros —se apresuró a responder la mujer— no somos lo bastante ricos para comprar libros.

—De eso, precisamente, quería hablaros. Si vuestro esposo lo encontrara oportuno, el muchacho podría acudir a casa del librero dos o tres horas por las tardes. Allí hay mucho que leer, y de buena calidad.

Mary Arden vaciló. Aquella era una propuesta demasiado extraña.

—Mi marido se encuentra en uno de sus viajes de negocios —susurró, para ganar tiempo, antes de añadir—: Pero si vos pensáis que eso le hará bien al muchacho...

—Estoy seguro —dijo el maestro—. Seguir los anhelos más profundos del corazón es un modo de no extrañarse.

El segundo toque de las trompetas devolvió a Walter Roche a su lugar en el balcón de honor del teatro. La almohada, que seguía bien colocada allá donde debía estar, resultaba insuficiente: sus huesos prominentes se clavaban en la silla y comenzaban a dolerle. Temió que la función se le hiciera demasiado larga.

Pero en cuanto el presentador o corifeo salió a escena, renació su interés. Se pedía al público benevolencia y se anunciaba el tema del drama, que le interesó. El vestuario, según pudo ver, era rico; la dicción le parecía dulce; el ritmo, musical, y el argumento prometía emociones auténticas. Walter Roche se acomodó en el asiento y dejó que su corazón le guiase.

La obra se llamaba *El rey Lear*. Sonó la música y los actores irrumpieron en tropel sobre el escenario. El viejo rey y sus tres hijas. Su majestad estaba consternado. Quería saber cómo era la naturaleza del amor que inspiraba a sus herederas. Un examen con finalidades sucesorias: el reino debía repartirse. El rey era un imbécil que no entendía nada y la obra a ratos parecía un cuento. Walter Roche estaba disfrutando de verdad. Los cuentos

le recordaban a su madre, a la vieja nodriza, al bosque junto al pueblo, a los inviernos de su infancia. Los gustos son los hijos de las emociones verdaderas.

—Londres está muy lejos —le dijo al alumno, cuando ya era lo bastante mayor para equivocarse sin ayuda.

—Lo sé, pero es allí donde encontraré lo que busco.

—Entonces, te deseo mucha suerte.

Se hizo un silencio cargado de palabras no pronunciadas.

—Sin vos, yo nunca...

—¡Tonterías! Hice contigo lo mismo que con todos los demás. ¡Márchate!

Pero el muchacho, ya un hombre, no se iba. Le miraba fijamente.

—Prometeme una cosa —prosiguió—. Que si lo logro vendréis a verme.

—¿A Londres? —lo dijo como si Londres estuviera más allá de los abismos donde, se suponía, se acababa el mundo—. ¡Londres está demasiado lejos!

El alumno, decepcionado, calló. El maestro, avergonzado, también.

—Os escribiré. —Fueron las palabras que acompañaron a aquella despedida sin adioses.

Muchos años después, el viejo maestro Walter Roche se preguntaba por qué no vino antes. Por qué no contestó a las invitaciones anteriores. Por qué se hizo de rogar. Forzar a otro a que insista es un modo de arrogancia. Se regañó por dentro: nunca se creyó un hombre importante. Ejerció su trabajo lo mejor que supo, nada más.

Ignoraba qué pudo aportar él al hombre que se movía por el escenario como pez en el agua. No podía creer que las palabras que estaba escuchando tuvieran algo que ver con su historia, con su cometido. Solo reconoció los ecos de un clásico, frases llamadas a perdurar. Lo que oía era en todo superior a sí mismo.

La primera carta llegó a las pocas semanas de la despedida. *Ya tengo mi primer trabajo en el teatro, uno pequeño. Soy apuntador. Escribo un drama en el tiempo que me sobra.* La segunda llegó tres meses después: *Soy actor, debuto el domingo. Solo tengo tres líneas, pero por algo hay que empezar. Y, alegraos por mí, parece que mi primera obra va a estrenarse.*

El corresponsal, agotado por el mucho trabajo o desanimado por la falta de respuestas del maestro, espació más las misivas, pero nunca dejó de enviarlas. *Me han escogido en la compañía de actores de Lord Chamberlayne. Representamos con mucho éxito una obra de Ben Jonson y yo actúo en el segundo papel. ¡Voy progresando! Confiad en mí.*

El espectáculo tocaba a su fin y Walter Roche comenzaba a lamentarlo. Estaba disfrutando como nunca. Los actores no languidecían, a pesar del esfuerzo, y el público parecía ahora más animado que al principio. La última intervención de la banda de músicos mereció un aplauso ensordecedor. Walter Roche se preguntó qué debían de sentir los actores durante los aplausos. Tal vez era eso lo que su alumno buscaba cuando se marchó. De pronto comenzaron a repicar las campanas de la iglesia vecina, sumándose al jolgorio. Regresaron las trompetas. La noche caía como un telón.

Los actores salieron a saludar. Fueron recibidos con una ovación conmovedora. Uno por uno correteaban por el escenario. Cuando salió el rey, la gente pareció enloquecer. El viejo maestro sintió cómo los latidos de su corazón se aceleraban. Buscó la carta que había recibido hacía tan solo un mes. Por alguna extraña razón, necesitaba verla de nuevo, tocarla. Desde un rato antes se sentía lejos de la realidad, como si también él formara parte de un cuento. Leyó:

Querido maestro: Os saluda con el respeto de siempre uno de los nuevos propietarios de un hermoso teatro del barrio de Southwark, junto al río Támesis. Lo hemos bautizado The Globe porque queremos que se parezca al mundo en variedad y complejidad. Es aquí donde a partir de ahora van a estrenarse todas mis obras. La siguiente llevará por título El rey Lear, y nada me haría más feliz que veros allí el día del estreno. Ya sé que tenéis mucho que hacer y muy importante, pero este alumno que os quiere se sentiría muy honrado si le regaláis vuestro tiempo y vuestra presencia. Creo que disfrutaréis. Con amor, vuestro William Shakespeare.

Cuando el viejo maestro de pueblo Walter Roche levantó la mirada de nuevo hacia el escenario, descubrió los ojos de William clavados en él. Reconoció el brillo del destino en el gesto y en la mirada de su alumno William. Sonrió, feliz de haber acudido. William le devolvió el gesto, con lágrimas en los ojos. Sobre la escena y la ciudad, la noche parecía la techumbre del inmenso escenario que es el mundo.

El puente de Milena

Joan Manuel Gisbert

El puente de Milena

Esta breve historia nace de una mezcla de diversas situaciones reales. Y es, sobre todo, la plasmación condensada de unas ideas a través de su sublimación, combinando la realidad con una recreación literaria que la prolonga y amplía (a menudo [mal] llamada ficción).

101

El fluir de la existencia nos depara a veces hechos inesperados que nos llevan por unos momentos a un estado cercano a la dicha total. Son instantes de plenitud que le dan sentido a nuestra vida y quedan en la memoria para siempre.

Bernabé Costa había disfrutado de varios en su vida. Esta crónica narra uno de los más singulares.

Era ya su séptimo año dando Lengua y Literatura a grupos de tercero y cuarto de secundaria. Mantenía buena parte de su entusiasmo inicial, aunque lo había ido moderando un poco cada año a causa de la escasa o casi nula respuesta de muchos de los alumnos a los que había intentado contagiar la fascinación por los bienes y placeres de la lectura.

Sin embargo, a las pocas semanas de aquel nuevo curso ya había comprendido que una de las clases de tercero tenía muchas posibilidades. Su nivel medio de interés y sensibilidad estaba muy por encima de lo habitual. Era en muchos aspectos el mejor grupo que había pasado por sus manos. Las buenas referencias que los precedían estaban justificadas.

Como solía ocurrir, eran las alumnas, si bien no todas, las que mejor respuesta daban a sus propuestas y estímulos; pero también entre los chicos había algunos que destacaban por su receptividad y disposición inusual.

Estuvo dos trimestres promoviendo entre ellos lecturas de muy diversas clases y maneras: solitarias, compartidas, libres, recomendadas, personales, colectivas, intercambiadas, silenciosas, en voz alta, en el instituto, en casa de cada uno, en cualquier momento o lugar que se prestara...

No era muy amigo de los trabajos al uso, aunque alguna vez tenía que proponer alguno. Tendía, eso sí, a pedirles que reflejaran, de palabra o por escrito, qué momentos del texto les habían llegado más, tanto por lo que decían o significaban, como por la manera en que lo decían. Les repetía a menudo que en las artes del lenguaje, como en todas las demás, los aspectos formales tienen una gran importancia.

Uno de sus mayores deseos era hacerles entender que un autor narrativo no es un guionista que ha de ir al grano de la manera más rápida, efectiva y llana posible, sino

que ha de lograr el máximo resultado expresivo con la preciosa materia que maneja, que no es otra que el lenguaje. Importa mucho, claro, la historia que se cuenta, pero también disfrutar y valorar cómo está contada. En esto insistía siempre.

Al comienzo del tercer trimestre les propuso dos tipos de trabajos breves: formulación de frases sintéticas que expresaran su idea de la lectura, y creación de cuentos misteriosos o fantásticos muy breves, casi instantáneos (a menudo llamados [feamente] *microrrelatos*).

Pues bien, eso fue precisamente lo que dio lugar a lo que ha inspirado estas páginas, aquello que Bernabé Costa nunca olvidará.

La cosecha de frases sobre la lectura fue abundante. Las que más le gustaron a Costa fueron:

*Leer es vivir
aquellas partes de tu vida
que sin los libros no podrías.*

Y también:

*Leer de verdad es conseguir
que las cosas que te dicen las palabras
corran por tu sangre como tuyas.*

Y su preferida resultó ser:

*Leer es desear
que toda la eternidad esté en los libros.*

Su construcción era diáfana, y expresaba una identidad suprema entre literatura y vida. Le pareció casi perfecta.

Era de Milena, una alumna que se había incorporado aquel curso al instituto. Había llegado a España con sus padres, desde Ljubljana, siendo aún muy niña. Una chica del este, como a veces solían llamarla, aunque a Milena no le gustaba el apelativo, ya que se consideraba, con razón, de procedencia centroeuropea. Y, como suele darse en gentes como ella, manejaba el español con mayor riqueza y precisión que muchos de sus compañeros.

No fue solo su frase sobre la lectura la que más gustó a Bernabé Costa. También, y con más diferencia, su extraño y condensado texto, escrito, como siempre, con su esmerada caligrafía:

El Gran Anfitrión

Uno de sus mayores placeres es ir abriendo los espacios de su inmensa casa a sus invitados y dejarlos moverse libremente por ellos. Es entonces cuando lo invisible sale a la luz. Del silencio brotan ríos de palabras, seres muy diversos pueblan las estancias, mundos cercanos y remotos toman forma, asombrosos lugares se desarrollan y se producen en ellos vivencias de muchas clases.

El Gran Anfitrión, propicio y acogedor, los guía y acompaña por un tiempo y, luego, muy despacio, va retirándose a sus aposentos y los deja a su aire, creciendo y disfrutando por sí mismos.

Costa pensó enseguida que aquello no lo había escrito Milena. Ella redactaba bien, pero aquel texto excedía de sus posibilidades. Venía a ser un relato metafórico con trasfondo enigmático, ya que ¿quién era aquel Anfitrión: un artista misterioso, un bibliotecario universal, un mago secreto, un arquitecto genial, un personaje simbólico ambiguo...?

—No está nada mal, pero dime, ¿dónde lo encontraste? —le preguntó Costa, sin tono de reproche, en un momento en el que nadie podía oírles.

Milena puso cara de sorpresa y respondió:

—Lo he escrito yo, Bernabé, te lo aseguro. —Y decía la verdad.

El timbre que los convocaba a sus respectivas clases siguientes puso fin a la breve conversación.

Durante el resto del día, y sobre todo por la noche, ya en casa, Costa no dejó de pensar en aquel texto. Sus frases le sonaban, le parecía haberlas leído hacía poco, pero no conseguía situarlas. Hojeó libros, en especial los de los autores que más había recomendado aquel año. Los tenía muy trabajados, pero no encontró en ninguno aquel fragmento ni otro que se le pareciese. *El Gran Anfitrión* no estaba en aquellos volúmenes, ni en ningún otro libro o publicación que existiera, aunque Bernabé aún no lo sabía.

En los días siguientes, volvió a preguntarle varias veces a Milena y ella le dio siempre respuestas evasivas, hasta que consideró que había llegado ya la hora de desvelar el secreto. Y le encantó hacerlo:

—Escribí la historia porque alguien que está a miles de kilómetros de aquí me lo pidió.

—¿Cómo pudo nadie pedirte una cosa así? —preguntó Costa, perplejo.

—Él me la dictó para que te la diera —aclaró Milena con una sonrisa enigmática.

—¿Quién es... él? —inquirió Bernabé Costa, sin poder ni imaginar la respuesta.

—Ruy Barnes.

—¡¡¿¿Ruy Barnes??!! ¿Y tú de qué lo conoces?

Barnes era, y sigue siendo, uno de los autores de novelas transreales para lectores jóvenes y adultos que Costa más admira y recomienda a sus alumnos. Vive en Baltimore. Escribe en inglés y, a veces, en español.

—Le mandé mensajes a su web. Lo hago a veces, más que nada con músicos y actores, aunque pocas veces me hacen caso. Pero Barnes sí, y al fin me respondió. Yo le había explicado que me gustan sus libros gracias a ti, que siempre nos hablas de ellos y haces que los leamos, bueno, y también libros de otros escritores, claro. También le expliqué que nos habías pedido cuentos supercortos. Entonces Ruy Barnes me dijo que como reconocimiento y homenaje a ti él crearía uno a su manera.

Bernabé Costa comprendió de pronto. El Gran Anfitrión... era él, sublimado, y, por extensión, todos los que abren puertas, ventanas y caminos a los nuevos lectores para que descubran y hagan suyos los mundos inagotables a los que se puede acceder con la lectura.

—Dijo que el texto era un regalo creado para ti, para que sea tuyo para siempre. Me lo dictó a través de Mاستer voice y yo lo puse por escrito —explicó Milena, con los ojos brillantes de satisfacción.

Bernabé Costa estaba emocionado. Con qué gusto le hubiese dado un gran abrazo a Milena. Seguramente había sido la primera vez, o una entre muy pocas, en que se tendiera un puente de comunicación tan especial entre un escritor de los grandes y un profesor tan entregado a su labor, y todo gracias a una muy buena alumna, capaz de magníficas iniciativas.

—Te debo algo precioso, Milena —aseguró Bernabé, sin disimular su emoción, estrechándole las manos con fuerza—. Gracias, gracias de verdad.

—Qué va, profe, no me debes nada. A mí también me ha gustado mucho. Ah, y me lo he pasado muy bien teniéndote unos cuantos días intrigado.

Al quedar a solas, Costa respiró como solemos hacerlo al asumir algo que nos colma de alegría. Pensaba que aquel hecho venía a significar de algún modo que su labor seguía teniendo pleno sentido, y seguiría teniéndolo hasta el final, porque, por mucho que las cosas evolucionen y cambien, los placeres del pensamiento y las artes del lenguaje seguirán formando parte del núcleo central de la consciencia en nuestra aventura de seres vivos en este remoto lugar del universo.

Fin del luto

Fernando Lalana

Fin del luto

Esa mañana, Lina arrancó la hoja del calendario y dijo en voz alta: ya basta. Se cumplían seis meses de la muerte de Adalberto.

111

Se preparó un café y se sentó ante el ordenador. Abrió el navegador y escribió la dirección de una de esas redes sociales ideadas para ligar. La había escogido con cuidado durante las últimas semanas.

En la página de bienvenida ya había que definirse y señaló la opción por defecto: Mujer busca... hombre.

Registro. Dirección de correo electrónico. Adelante.

Comenzó a rellenar el cuestionario obligatorio y las preguntas la llevaron sin querer a hacer memoria fugaz de su vida: una infancia feliz en el seno de una familia de clase media-media. El bachillerato. La universidad. Licenciada en Literatura. Podía haberse doctorado, pero un amigo de su padre le abrió las puertas de un colegio privado bastante pijo donde comenzó a ejercer como profesora de Lengua. El Dakota. Pasó seis años dando clases a adolescentes que, en general, prestaban más atención a sus tetas —ellos— y a la ropa que vestía —ellas— que

a las lecciones que impartía. En ese tiempo, tonteo con Jaime, con Gonzalo y con Ramiro. Sesiones de cine europeo, *puenting* y asambleas ecologistas, respectivamente. Y revolcones esporádicos con los tres, también respectivamente. Pero nada serio. Ninguno de ellos era el hombre de su vida.

Aquella existencia grata y convencional terminó de golpe el día en que Adalberto se cruzó en su vida.

Don Adalberto Bruscariz, como muchos recordarán, se hizo famoso tras convertirse en el primer español en ganar el Premio Nobel de Física. En un país como el nuestro, tan escaso de científicos de talla, prensa y Gobierno se ocuparon de convertir a Bruscariz en el nuevo Ramón y Cajal, una celebridad a la que invitaban a dar conferencias en todas las universidades y ateneos del país.

Es cierto que las charlas de don Adalberto sobre los neutrinos tenían la amenidad y ligereza de una caja fuerte rellena de plomo, pero, pese a ello, abarrotaba los auditorios.

Aprovechando el tirón que otorga la fama, don Adalberto escribió un libro sobre el bosón de Higgs al que, en un raptó de ingenio, decidió titular *El bosón de Higgs* y que fue todo un éxito, es decir: que vendió muchos ejemplares aunque nadie lo leyera, excepto algunos seguidores de Tolkien, que se lo zamparon creyendo que era una secuela de *El Hobbit* algo más divertida que el original.

Fue precisamente en la presentación de ese libro en la ciudad de Lina cuando la profesora y el científico se cono-

cieron. La sede del círculo científico Amigos de Euclides se había quedado pequeña para acoger a todos cuantos querían conocer al «Stephen Hawking riojano», como la prensa había bautizado a Bruscariz.

Lina, poco amiga de hacer fila, decidió esperar y quedarse la última con su ejemplar de *El bosón de Higgs* en las manos, temblorosas por la emoción. Cuando, por fin, le llegó el turno le impresionaron la sonrisa y la mirada azul pitufo del viejo profesor.

—De modo que Lina, ¿eh? ¿Se trata de un hipocorístico? —le preguntó él, mientras escribía la dedicatoria.

—No, no... Lina es mi verdadero nombre. El femenino de Lino, el papa sucesor de san Pedro. Aunque mis padres me lo pusieron por Linus, uno de los amigos de Charlie Brown.

—Pues menos mal que no le pusieron Snoopy.

Ella le rio el chiste. Él la invitó a cenar. Un mes más tarde, Bruscariz le propuso matrimonio y Lina, confundiendo la fascinación con el enamoramiento, le dijo que sí.

El escándalo fue mayúsculo. El reciente premio Nobel español se divorciaba de su esposa —tres décadas juntos, tres hijos en común— para casarse con la profesora de Literatura de un colegio de provincias treinta y seis años más joven que él.

La pareja se instaló en el pueblo natal de Adalberto para llevar de ahí en adelante una vida anónima y tranquila —más bien anodina y aburridísima— durante los siguientes dos lustros y medio. Justo hasta que, a

principios de este año, Bruscariz falleció repentinamente, de un síncope digestivo, tras un atracón de castañas pilongas.

La mayor duda de Lina a la hora de responder al cuestionario propuesto por la red de *singles* fue la de delimitar la edad de los hombres con los que deseaba relacionarse. Aunque dudó durante mucho tiempo, finalmente un inexplicable sentimiento de vergüenza la llevó a marcar la casilla de los 40 a los 45.

—Vamos allá. Suerte, Lina —se susurró a sí misma en el momento de pinchar con el ratón en la tecla «enviar».

Como había sido ingenuamente sincera, las citas no tardaron en llegar. Cuatro en el primer mes. A primera vista, un resultado espléndido. Y, sin embargo, constituyeron una espléndida decepción.

Los dos primeros candidatos compartían profesión con su difunto marido y, más que cortejar a su viuda, buscaban apropiarse de algún documento interesante que el premio Nobel hubiese dejado tras su muerte. La solución a la fusión nuclear fría, por ejemplo. Lina pronto les vio el plumero y cortó con ellos por lo sano.

El tercero había mentado como un bellaco al rellenar los datos de su perfil. Además, con ayuda del Photoshop, directamente se había fabricado una fisonomía nueva en la que ya no guardaba ningún parecido con el campanero de Notre Dame de París.

Del cuarto y último, Lina sospechó enseguida pues, al contrario que el anterior, era de esos hombres que, al primer vistazo, ya se ve que no necesitan de Internet para ligar. Por el contrario, sí necesitaba saldar sus abultadas deudas de juego y la viuda de un premio Nobel debió de parecerle el braguetazo perfecto.

A partir de ahí, las citas se cortaron. La empresa de contactos había cumplido con su compromiso (cuatro contactos en un mes) y le hizo saber que, si quería aumentar las posibilidades de hallar a su media mandarina, lo mejor era pasar al nivel Exclusive, que exigía una moderada inversión económica, pero en el que ya podría filtrar mucho mejor a sus pretendientes.

Lina estaba a punto de aceptar cuando, de modo inesperado, recibió una nueva propuesta de cita.

Para su disgusto, aquel quinto candidato ni siquiera hizo acto de presencia el día acordado. Lo estuvo esperando ante la mesa de un *pub* de estilo inglés durante más de una hora, con una margarita prendida en el pelo, a modo de contraseña.

Abandonaba ya el establecimiento cuando su mirada tropezó con la de un muchacho moreno que bebía una pinta de cerveza acodado en la barra. Y saltó al momento el chispazo a la altura del diafragma que acompaña a todo *déjà vu*. Pese a ello, siguió adelante, camino de la salida, hasta que la voz de él le llegó por la espalda.

—¿Señorita Lina? ¿Es usted? —Ella se giró y lo interrogó con un gesto—. ¿No me recuerda? Soy Pablo Senjoy. Usted fue mi profesora de Lengua en tercero de secundaria.

Lina entreabrió los labios mientras la memoria unía aquel apellido con la imagen de un chaval delgado, de sonrisa plateada por la ortodoncia.

—Sí, ahora te recuerdo. Es que... has cambiado mucho, Pablo.

—En cambio, usted está igual que entonces. Mejor, incluso.

Un silencio largo como una nota de violín siguió a aquel inesperado halago.

—¿Le... apetece una cerveza? —preguntó él, después.

Ella sonrió.

—Oye, Pablo..., ¿tú sabes lo que es un neutrino?

—No tengo ni la menor idea —reconoció el muchacho, abriendo los brazos—. Por su culpa, decidí estudiar Filología, señorita Lina.

—En ese caso... aceptaré esa cerveza.

Once horas más tarde, Lina abrió los ojos en medio de la oscuridad. Le dolían las caderas. Le ardían los labios. Deslizó la mano derecha sobre su propia piel, acariciándose desde la rodilla al pecho. Estaba desnuda bajo unas sábanas que no eran las suyas. Y no tenía muy claro cómo había llegado hasta allí. Estiró el brazo y sus dedos tropezaron con otra piel.

—Ay, madre... —susurró.

Se percató de que necesitaba urgentemente ir al lavabo.

A la luz del móvil, abandonó el dormitorio y salió a un pasillo con tres puertas. Al abrir la primera, vio que se

trataba de un pequeño despacho de trabajo. La segunda sí resultó ser el cuarto de baño.

Hizo pis, pero no tiró de la cadena. Para no hacer ruido.

Regresaba al dormitorio de puntillas cuando, al pasar de nuevo frente a la puerta del despachito, se detuvo, inquieta. Dos minutos antes, en aquel primer vistazo apresurado, algo impreciso había llamado su atención. Así que entró en el cuarto y encendió la luz. Lo primero que vio fueron cientos de libros ordenados en estanterías que ocupaban tres de las cuatro paredes del cuartito. Reconoció algunos de sus favoritos, esos que recomendaba con pasión a sus alumnos. A la derecha de la única mesa vio una corchera; y en ella, clavada con chinchetas, una foto que conocía bien: los alumnos y profesores del colegio Dakota, durante el curso 96-97, el segundo año en que impartió clases allí. En torno a esa fotografía, vio otras cuatro. Cuatro imágenes de su propio rostro, a distintos tamaños.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Y, de inmediato, sufrió un sobresalto al descubrir tras de sí a su exalumno, tan desnudo como ella, apoyado en el quicio de la puerta. Lo miró de hito en hito.

—Esto no ha sido un encuentro casual, ¿verdad?

—No, no lo ha sido —reconoció el muchacho.

—¿Puedes explicarme qué ocurre aquí, Pablo? —preguntó Lina, tratando de aparentar una calma que no sentía.

Él se encogió de hombros.

—Ocurre que estoy enamorado de ti desde tercero de secundaria. Ocurre que todas las chicas con las que he salido en mi vida se parecían a ti de una manera u otra. Que he removido cielo, tierra y ciberespacio para encontrarte desde que me enteré de que tu marido había muerto. Ocurre que el hombre que no acudió anoche a tu cita lo inventé yo para poder hacerme el encontradizo contigo. Eso ocurre.

Lina abrió la boca pero no dijo nada. Solo aspiró una angustiada bocanada de aire, porque se le habían vaciado los pulmones por completo.

—¿Y ahora qué? —preguntó después.

—Ahora... tú dirás.

Ella tardó en responder.

—Tengo frío. ¿Qué tal si volvemos a la cama?

Pablo le tendió las manos, la atrajo hacia sí y la besó en los labios. Luego, en el pasillo, justo antes de cruzar el umbral del dormitorio, la tomó en brazos.

Como a una novia.

Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.



loqueleo

